


THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

ALBERTO DEL SOLAR

DON

MANUEL DORREGO

ENSAYO HISTÓRICO

SOBRE SU

JUVENTUD

Y ESPECIALMENTE SOBRE SUS

HECHOS EN CHILE

DURANTE SU VIDA DE

ESTUDIANTE

BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

85 — Calle Perú — 85

1889

Imprenta «LA UNIVERSIDAD»
Buenos Aires — Calle Venezuela 684

«*Quand il serait vrai, ce que plusieurs disent,*
«*que l'éducation ne donne point à l'homme*
«*une autre complexion, qu'elle ne change*
«*rien dans son fond et ne touche qu'aux*
«*superficies, je ne laisserai pas de dire*
«*qu'elle ne lui est pas inutile.*»

La Bruyère. «*Les Caractères.*» c. 12.



PRIMERA PARTE

JUVENTUD Y ESTUDIOS DE DORREGO

EN

BUENOS AIRES

NUESTRO PROGRAMA — Nacimiento de Dorrego — Sus padres — Sus primeros años — Ideas aristocráticas reinantes durante el período colonial — Situación de la España desde 1796 — Estado de Buenos Aires en 1804 - 1805 — Estudios de la juventud en esa época — El Colegio de San Cárlos — Exámenes de Dorrego — Su aprovechamiento — Entusiasmo de los estudiantes por la carrera de las armas durante las invasiones inglesas — Carácter del niño Dorrego — Sus primeras acciones generosas — Una de sus aventuras — Sus ideas sobre la situación de su patria — Tipo del jóven D. Manuel — Europeos y criollos — Espontaneidad de la idea revolucionaria en el ánimo de la juventud criolla — Dorrego parte para Chile á graduarse en la Universidad de Santiago.

Al emprender hoy el exámen, no ya de un período histórico (que ello no entra en nuestro propósito) ni el de la existencia entera de un individuo (tarea que no cabría dentro del reducido marco que he-

mos querido señalar á estos apuntes); sinó que, únicamente, el de simples especialidades relativas al carácter y hechos de un personage ilustre, que vivió en una época notable, dedicando desde muy temprano «sus facultades y su brazo al triunfo de una sagrada revolución,» nos proponemos no pasar más allá de las primeras páginas del libro de su azarosa vida.

Como extrangeros en esta hermosa y hospitalaria tierra á la cual miramos ya, sin embargo, por titulos sobradamente fundados, como á una segunda patria, no nos incumbiría, tampoco, entrar á apreciar hechos y circunstancias posteriores á nuestro programa, por más que tengan ellos relación inmediata y lógico encadenamiento con el asunto que vamos á tratar.

Pero debemos declarar (y nos es lícito confesarlo aquí) que la figura de nuestro héroe destácase, para nosotros, durante el curso de su existencia toda, y dónde quiera que la busquemos, siempre gallarda y arrogante, y que las simpatias que profesamos por sus actos, la admiración

silenciosa y el respeto profundo que sus virtudes han levantado en nuestra alma y, sobretodo, la indignación que en ella han hecho nacer las injusticias y la perseverante terquedad de sus detractores, bastarían, sin duda, para arrebatarnos en medio del ardor de la defensa, si esa defensa emprendiéramos, la serenidad y la austeridad de juicio, que son condiciones fundamentales é imprescindibles de la verdadera crítica histórica.

No tenemos, por otra parte, para qué entrar en la palestra á combatir por la causa política de nuestro protagonista. Conspícuos compatriotas y admiradores del ilustre y desgraciado Coronel Dorrego han echado sobre sus hombros la ruda y animosa tarea de rehabilitarle ante la posteridad. Entre estos últimos, Guido, Pelliza, Carranza, han dado á luz importantes estudios sobre la época que se relaciona con la vida pública de aquél personage, mereciendo elogios especiales de parte de los críticos contemporáneos. Nacionales y extrangeros, amigos y enemigos,

no han podido ménos que reconocer unánimemente á esos escritos los incontestables méritos propios de toda tendencia noble y patriótica y de todo fin útil y provechoso, ya que, como contingente para la historia, ván ellos destinados á contribuir de una manera especial, con nuevos y valiosos elementos, á que se pronuncie cuanto ántes el fallo decisivo que ha de estereotipar por fin, y para siempre, como el cincel sobre el granito, la fisonomía verdadera de los hombres que en ella hayan figurado como actores, y la sentencia, sin apelación, recaida en el juicio de sus actos...

Entónces se verá, quizás, que si el objeto primordial de la historia es poner en evidencia la virtud é inspirar ódio y temor por la maldad y la injusticia que, ante la posteridad, se relacionen con las acciones culpables, la historia de los rasgos de la vida pública y privada de Dorrego, el conocimiento cabal de la elevación y generosidad de sus sentimientos, del valor á toda prueba de que dan fé sus

hazañas de soldado, de la entereza y bizarría de alma con que soportó sus desgracias, haciendo patentes estas virtudes hasta en el borde mismo de la tumba, tendrá que ser, por fuerza, historia popular y ejemplarizadora; historia que los hombres de las generaciones de todos los tiempos deberán estudiar y difundir.

Nosotros no seremos, en todo caso, de los últimos en contribuir á la divulgación de aquellas circunstancias que, en la vida del personage cuya primera juventud nos proponemos bosquejar ligeramente, no hayan sido aún suficientemente conocidas ó desarrolladas por sus distinguidos biógrafos.



El 21 de Diciembre de 1829, el presbítero Dr. Don Santiago Figueredo pronunciaba en la Catedral de Buenos Aires una oración fúnebre en memoria del Exmo. Se-

ñor Don Manuel Dorrego, «Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires» y víctima expiatoria de un partido político.

En dicha oración, que tenemos á la vista, y uno de cuyos ejemplares impresos en aquel tiempo hemos podido examinar, gracias á la exquisita cortesía del distinguido historiador argentino Don Angel J. Carranza, se lee, entre otros, el párrafo siguiente, que ha sido ya reproducido por escritores nacionales:

«El Señor Don Manuel Dorrego tuvo la gloria de abrir por sus propias manos el primer sepulcro en que iban á olvidarse para siempre los derechos de un conquistador, y contribuyó de un modo tan enérgico á la instalación del primer gobierno pátrio en Chile, que el Congreso de aquel país no pudo ménos que premiar sus distinguidos servicios con un escudo de oro con esta leyenda: «*Chile á su primer defensor.*»

¿En qué época fué á Chile Dorrego? ¿Qué lo llevó á ese país? ¿Cuáles fueron

los servicios prestados por el jóven criollo á la causa de la revolución Chilena? ¿Cuál aquella acción enérgica que, de manera tan señalada, según la opinión de su apologista, lo hiciera contribuir á la instalación del primer gobierno pátrio y merecer, despues, la recompensa honrosísima de que se hace mención en el escrito que damos á conocer?

Tales son los puntos que nos hemos propuesto estudiar de preferencia en este ensayo.

Pero, para que ese estudio y el exámen de los hechos que con él se relacionan sea completo, creemos conveniente tomar los acontecimientos desde época más lejana, y, siguiendo despues el encadenamiento natural de los sucesos en su curso hácia el desenlace final, detenernos, de paso, sólo en aquellos que se relacionen más directamente con el asunto que nos ha puesto la pluma en la mano.

De aquí, pues, que las páginas de la vida de Dorrego que vamos á desarrollar contengan no solo algunos recuerdos acerca

de la juventud del héroe, sinó que, tambien, ciertas reminiscencias típicas sobre su infancia, ya que es verdad psicológica innegable que en los caracteres de los grandes hombres influyen de una manera marcada las manifestaciones de la primera edad, las ideas que en los años juveniles se adquieren, el medio en que éstas se desarrollan y la influencia, en fin, que sobre ellas haya podido tener la educación recibida.



Don Manuel Dorrego que, según sus biógrafos, nació en Buenos Aires el 11 de Junio de 1787, era hijo de Don José Antonio Dorrego y de Doña María de la Asunción Salas. Vino el niño al mundo en la casa que antiguamente llevaba el número 252, en la calle de Cangallo.

En unos manuscritos inéditos que sobre este personage tenemos á la vista, se lee

lo siguiente con referencia á sus padres: «No estaban ellos contagiados de ese falso brillo con que se ha envanecido constantemente la aristocracia. Libres é independientes de toda subordinación servil, llenaron el alma de sus hijos de esa moral republicana que los hizo despues tan humanos, tan caritativos y tan amantes de las libertades públicas. Viviendo de sus propios recursos, ellos pudieron inspirarles el noble orgullo que tiene que humillar y sacrificar mil veces el que solo puede vivir de los favores de una corte corrompida.» [1]

Esta circunstancia es tanto más de notarse cuanto que sabido se está que por aquellos tiempos, así en Méjico como en Chile y en el Perú, se hacía gran cuestión sobre mayor ó menor limpieza de sangre, al extremo de que, como lo expone un historiador fidedigno, «una insinuación cualquiera á este respecto daba motivo á informaciones judiciales y pleitos ruidosos en que salían á relucir pergaminos y abo-

---

(1) Salvador Cornet—Manuscrito inédito é inconcluso.

lengos para dejar establecidas alcurnias y progenies entroncadas en los godos del tiempo de Don Rodrigo ó en los famosos compañeros de Don Pelayo.»

Muchos de los que poseían, como los padres de Dorrego, una fortuna mediana empleaban, á veces, buena parte de ella en procurarse títulos de nobleza y en formar mayorazgos que perpetuaran «el lustre de su nombre y de su casa.»

Estas ideas aristocráticas no eran del todo desdeñadas en el Vireynato del Rio de la Plata, donde, según el testimonio de contemporáneos, se guardaban, como en aquellos otros paises, con religioso respeto, los papeles ó despachos de los mayores, llegando los mas pudientes á hacer preparar tambien en España «por los genealogistas de oficio,»—según la expresión de otro historiador,—«el nobiliario de la casa, en que, al lado de algunas noticias ciertas, se ensartaban patrañas mal inventadas y peor zurcidas, que solo la candorosa vanidad de los interesados podía acoger como verdaderas.»

Grande era, por tanto, el mérito de los padres de Dorrego, que en vez de rendir culto á las ideas reinantes en aquellos tiempos, desdeñando el oropel y «amantes en sumo grado del mérito real y verdadero,» consagraron sus mayores desvelos y dedicaron, ante todo, sus bienes á dar á sus hijos la mejor educación que podía recibirse en el país, y, al efecto, colocaron á los dos varones, Don Luis y Don Manuel, en el Colegio de San Cárlos, el más notable plantel de educación de la Capital.

Corrian los años de 1804 y 1805 y ya los jóvenes alumnos cursaban los últimos de teología y filosofía. Años eran esos de agitación para los habitantes del Vireynato.

La guerra de 1796 entre España é Inglaterra y el fatal tratado de *San Ildefonso* debian hacer sentir, por entónces, sus consecuencias en las colonias del Atlántico. La codicia de los ingleses ha sido en todo tiempo insaciable, de modo que, alentadas por la debilidad de las fuerzas militares de la Península, no tardarian en traducirse en

hechos las tendencias, ya manifiestas, de los futuros vencedores de Trafalgar para continuar sus triunfos aquende los mares é imponer por la fuerza, ya que no de grado, su comercio y su preponderancia marítima.

La riqueza de las colonias hispano-americanas era, en efecto, tentadora. Los galeones de España, que volvian constantemente al viejo mundo cargados de oro y de productos de las Indias, mantenian con los tesoros que, como de otros tantos cuernos de abundancia, se vaciaban incesantemente sobre las playas de la Península, el brillo de la corte de los monarcas, dando, al mismo tiempo, y casi sin trabajo para adquirirlos, pan, y bienestar á sus súbditos.

Los ingleses no podian, pues, dejar de aprovechar las ventajas de su triunfo en el sentido de hacer suyo el usufructo de tanta opulencia.

Pero la España fué previsora é impartió órdenes inmediatas al Virey de Buenos Aires «para que pusiese en buen estado

de defensa» la plaza de Montevideo y el puerto de Buenos Aires.

No tenemos para qué entrar á detallar los sucesos que entonces se desarrollaron, y que han sido extensamente narrados y comentados por historiadores de nota.

Conocido es el desastre definitivo de las marinas francesa y española en el ya citado y celebérrimo combate naval de Trafalgar, que dió como consecuencia el predominio absoluto de los ingleses sobre los mares del mundo entero.

El eco de este desastre llegó, como era natural, hasta las Colonias del Atlántico, en donde sus habitantes hallábanse muy lejos de sospechar lo que un año despues ocurriría: la rendición de Buenos Aires al general ingles Sir Ch. Carr Beresford, el 27 de Junio de 1806, y, más tarde, en retorno, la Reconquista, tan fecunda en aquellos actos heróicos que pusieron de manifiesto el empuje y valentía de los milicianos del Rio de la Plata, dándoles, como principal y muy importante resultado para los hechos que en adelante de-

bian ser causa inmediata de la emancipación general de las Colonias españolas, la conciencia de su valer y de su propia fuerza.



Un popular historiador argentino traza un animado y pintoresco cuadro del estado de la Ciudad de Buenos Aires, sus costumbres, su cultura, población, etc., en la época en que sus conquistadores se lanzaron «á fuer de aturdidos á la conquista de la plaza sin comprender siquiera el desesperado conflicto en que iban á poner la honra militar de su nación y la política continental de su gobierno.» [1] Allí vieron que «Buenos Aires era ya muy grande y muy poderosa ciudad en 1806;» que sus habitantes alcanzaban al número de 70,000, apesar de que otro escritor no-

[1] Lopez—Tomo Iº, cap. XXV.

table [1] sostiene que sólo llegaban á 40,000, apoyando su aseveración en documentos y razones que no tenemos tampoco para qué entrar á examinar ahora. Lo único que se desprende de los argumentos aducidos por ambos historiadores es que la ciudad de Buenos Aires contaba, seguramente, con una población respetable, y que su adelanto y su movimiento comercial eran ya de tomarse en consideración.

Por lo que respecta al estado de su cultura intelectual, un exámen prolijo de los estudios que por entónces se cursaban en los colegios del gobierno, nos permite creer que desde el año de 1791 hubo ya cierto impulso en la enseñanza pública.

No parece haber sucedido lo mismo ántes de esa época. Cuando Dorrego vino al mundo (si ha de darse fé al testimonio de contemporáneos, autorizado por las naturales deducciones desprendidas de la consideración de las costumbres, la sujeción y el atraso en que vivian los americanos

(1) Mitre—Historia de Belgrano.

con respecto al viejo continente) la política de la Metrópoli era aún causa de que no se permitiera á los habitantes del Vireynato crear ningún elemento propio de civilización y adelantamiento, ya que su único objeto había sido siempre educar á los hijos de españoles, nacidos en el país, de tal manera, que no pudiesen pensar sino en ser eternamente sus humildes colonos.

Los estudios de la juventud estaban entonces reducidos á la filosofía escolástica, «para enseñarles á disputar como energúmenos ó á discurrir metódicamente mal»; y si algo más se quería hacer aprender á un americano, era preciso gastar grandes sumas, lo que pocos padres se hallaban en disposición de poder hacer. [1]

Sobre dichos estudios dice el publicista Don Juan María Gutierrez en su obra titulada: *Enseñanza pública y superior en Buenos Aires,* citando al Dean Fúnes, que: «sin más libros extrangeros que los pocos que podían llegar entonces á manos

[1] Salvador Cornet—Manuscrito citado.

de los alumnos, por el comercio de una nación como la española, pocos eran los que alcanzaban á *purgarse* de las antiguas preocupaciones, por la crítica, por el estudio de los Padres, por el de la historia y por el de los libros amenos.»

Y más adelante califica la escuela de enseñanza adoptada en esos tiempos de «*grotesca pagoda*» en donde circulaban revueltas las añejas ideas de Aristóteles con los bárbaros comentos de los árabes, «convirtiendo la lógica en el arte del sofisma y la física en un estudio infructuoso de accidentes y cualidades ocultas, que nada tenían que ver con el conocimiento de los fenómenos naturales.»

Pero la luz fué poco á poco haciéndose; y ya en el año de 1805 el colegio de Monserrat y la Universidad de Córdoba daban hombres de cierta importancia.

Mas tarde veremos por qué, teniendo esos dos establecimientos en la propia casa, muchos jóvenes argentinos (entre los cuales figuraron los dos hermanos Dorrego) pasaban á graduarse en leyes á la Uni-

versidad de Chile, viéndose para ello obligados á hacer un viaje largo y penoso.



Dorrego manifestó desde su niñez un carácter impetuoso, inclinado á las aventuras. Y estos antecedentes de juventud, de que dan testimonio sus contemporáneos, tienen especial importancia por que explican, sin duda, muchos rasgos característicos de su vida pública.

Había bebido en la fuente paterna ideas de independencia y de libertad; había sido mimado y distinguido como niño travieso y simpático; hasta que, según nos lo dice uno de sus biógrafos, «el más diestro en los juegos, el más oportuno para desarmar, con una ocurrencia agraciada el enojo de sus padres, el primero en trepar á las higueras del vecino para distri-

buir generosamente los despojos, entró, por fin, á estudiar alguna cosa séria.» [1]

El colegio de San Cárlos, que era entonces, como lo hemos dicho, el plantel más importante de enseñanza, le abrió sus cláustros.



Una rápida ojeada á la historia de España nos hace ver que la civilización clásica brilló allí desde temprano con vívida luz. Pero las letras comenzaron á decaer desde el fin del siglo XVI, época en que el explendor literario, como la grandeza política del país, palidecieron para siempre.

La España, que llegó á contar en su sólo seno hasta diez y ocho Universidades de primer orden, había establecido, también, algunas en sus posesiones de Ultramar, y,

(1) J. T. Guido—Biografía de D. Manuel Dorrego.

sobre todo, en América. Las de Méjico, Chuquisaca, Charcas y Córdoba fueron célebres en este Continente.

En las principales ciudades universitarias de España existian, además, diferentes cátedras, como las de gramática latina, griega, castellana, árabe, hebrea, cursos de literatura y de poesía. ¡Hoy no quedan en la Península sinó tres Universidades que hayan conservado algo de su antigua fama: Salamanca, Valencia y Valladolid!

La erudita obra del publicista Don Juan M. Gutiérrez, ya citada, nos proporciona medios de seguir en su marcha, desde su fundación, al colegio de San Cárlos.

Parece que en el Vireynato del Plata y, especialmente, en Buenos Aires, se hacía sentir ya á fines del siglo XVIII la necesidad de establecer escuelas y estudios generales para la enseñanza y educación de la juventud. El Gobernador de Buenos Aires, Don Juan José de Vertiz, en 1771 consultó á los cabildos eclesiástico y secular acerca de los medios de llegar á tal resultado.

Los cabildos, después de expedir sus respectivos informes, aconsejaron la fundación de un Colegio Convictorio.

Tal es el orígen del famoso Colegio de San Cárlos ó Carolino, «cuya denominación es un tributo de gratitud al Rey Cárlos III bajo cuyo Gobierno se estableció,» y en el cual, mas tarde, habian de educarse casi todos los hombres que contribuyeron con sus trabajos políticos á la Revolución de Mayo.

Al principio los estudios se sostenían con fondos de los expulsados jesuitas y el número de internos con que contaba el Colegio el año de su instalación era de cincuenta y siete.

El establecimiento, en general, estaba á cargo y dirección del clero secular y dependía de los Vireyes. Los alumnos concurrían á las clases diarias «que constituían lo que se llamaba los estudios públicos de Buenos Aires, dice el Señor Gutiérrez, «y las materias de enseñanza eran en 1792: teología, filosofía, poética y propiedad de la lengua latina, sintáxis y rudimentos.»

Dichos alumnos, que hacían una vida enteramente de comunidad y en un todo monástica, «comian en una mesa común, entretenidos por la importuna lectura de un libro devoto. A las cinco de la mañana los despertaban en verano para ir á la capilla á hacer oración mental y oir la misa, y en invierno á las seis.»

Pero, á fines del siglo, este método se reforma: en el año de 1803, existen ya sesenta y siete colegiales que se educan de manera más liberal y el establecimiento prospera.

Vienen despues las invasiones inglesas que no pueden ménos que perjudicar de una manera sensible á la marcha progresista de los estudios del Real Colegio Carolino, cuyas aulas van perdiendo poco á poco desde entónces su reputación y su importancia.

Los acontecimientos públicos, — «dice el Señor Gutiérrez» — echaron á la sociedad en general, y en particular á los jóvenes, en otros caminos é ideas que los dominantes durante el período de la Colonia, porqué la juventud era atraida por el brillo

de las armas que habian producido ya muchas glorias.»

En esa misma época, el alumno Don Manuel Dorrego cursaba allí teología y filosofía en compañía de Don Tomás Guido, Don Estéban Luca, Don Patricio Lynch y Don Sebastián Lezica. A su hermano Don Luis le hallamos figurando en los cursos anteriores como condiscípulo de Don Bernardino Rivadavia, de Don Tomás Anchorena de Don Vicente Lopez y de Don Bernardo Velez.

El autor de quien tomamos estos datos ha podido investigar con ímprobo trabajo el nombre de los catedráticos y el número de los estudiantes matriculados y examinados en cada curso desde el año 1773 hasta el de 1818 inclusive; de manera que, según él mismo lo dice, tiene el movimiento de las áulas públicas de filosofía durante un período de cuarenta y cinco años.

Llevando, por nuestra parte, hasta dónde era posible la propia investigación, é infiriendo que en el Archivo de Buenos Aires, ó en la Biblioteca Nacional, existirian las

partidas originales correspondientes á los exámenes de los alumnos del citado período, solicitamos permiso del Supremo Gobierno para buscar allí las que se refiriesen á nuestro personage, y prévia una autorización en forma, logramos, por fin, dar con ellas. Los facsímiles que insertamos á continuación tendrán, quizá, el interés de la curiosidad para nuestros lectores.

El tomo manuscrito de dónde les hemos obtenido lleva por título: « *Libro que manifiesta los exámenes de filosofía y teología con sus correspondientes aprobaciones verificadas desde el año de 1788.*

Volviendo las páginas del manuscrito, hallamos los asientos de exámenes correspondientes al 1°, 2° y tercer años de filosofía, en todos los cuales el alumno Don Manuel obtuvo la misma honrosa votación que en el anterior ([1]).

([1]) No nos es posible dar un facsímil de ellos por hallarse contenidos en dos páginas, una de las cuales es «vuelta.»

Manuel Dorrego. A.A.A.

En Buenos Ay
bre de mil ocho
cer curso de Fe
por los Doctores
Francisco Sebas
io, y fue plena
que doy fé =

...es á veinte y uno de Noviem-
...iento y ocho se examinó del ter-
...ogia Don Manuel Dorrego
... Don Diego Zavaleta, Don
...triani, y Don José Juaquin Re...
...iente aprobado por dichos, de

Manuel José Posada
de Saravia

D.ⁿ Ma-
nuel
Dorre-
go.
A.A.A.

En esta Ciu[d...]
res á diez y nu[...]
mil ochocientos tr[...]
minar los Doctore[...]
D.ⁿ Gregorio Gom[...]
Ruiz, se examinó [...]
de las materias [...]
año de Logica, y [...]
probado por dicho[...]
que doy fé=

Bach.ʳ Man[...]
de Sa[...]

dad de Buenos Ay-
ve de Diciembre de
a, concurriendo á ecsa.
Dn. Diego Zavaleta,
, y Dn. Jose Joaquin
Dn. Manuel Dorrego
corresponderá al
fué plenamente a
Examinadores de

el Jose Rezeda
rinaria

El exámen *general* del ramo fué rendido ante los Doctores Don Francisco Sebastiani, Don José Joaquín Ruíz y Don Juan Manuel Fernandez de Agüero, con fecha 27 de Noviembre de 1805, quienes dieron fé de que el alumno, como en los anteriores, había sido «plenamente aprobado.»

Incluimos tambien aquí, como mera curiosidad, el tercer documento de que hemos podido sacar copia litografiada y que se refiere al alumno Don Luis.

La aplicación y el aprovechamiento de los dos jóvenes Dorrego quedan, pues, demostrados de una manera elocuente con lo transcrito.

Otro documento de contemporáneo nos permite, ademas, creerlo así.

Refiriéndose á Don Manuel, dice el Presbítero Dr. D. Santiago Figueredo (1) cuya

(1) Cuando el Supremo Gobierno de la Provincia resolvió en 1829 tributar honores á la memoria del ilustre Gobernador y Capitan General Don M. Dorrego, expresó el Ministro de Gobierno «que era necesario que se encargara de la oración fúnebre á una persona que á *sus títulos reuniera un conocimiento particular del sugeto que debía*

autoridad nos merece entera fé «que su aplicación le atrajo el aprecio de sus maestros, y sus progresos la distinción entre sus contemporáneos. Miéntras era alumno, fué elegido entre todos sus condiscípulos para defender conclusiones generales de filosofía, cuyo encargo siempre se hacía al joven más adelantado del curso.»

Y otro contemperáneo suyo, el Canónigo Don Bartolomé Muñoz, asevera, á su vez, que «sus profesores reconocieron sus particulares aptitudes y las probaron en los más brillantes actos públicos literarios.»

En la biografía inédita que dejó manuscrita D. Salvador Cornet se lee tambien «que Dorrego era especialmente elogiado por sus maestros y que su aprovechamiento se manifestó por repetidas ocasiones en

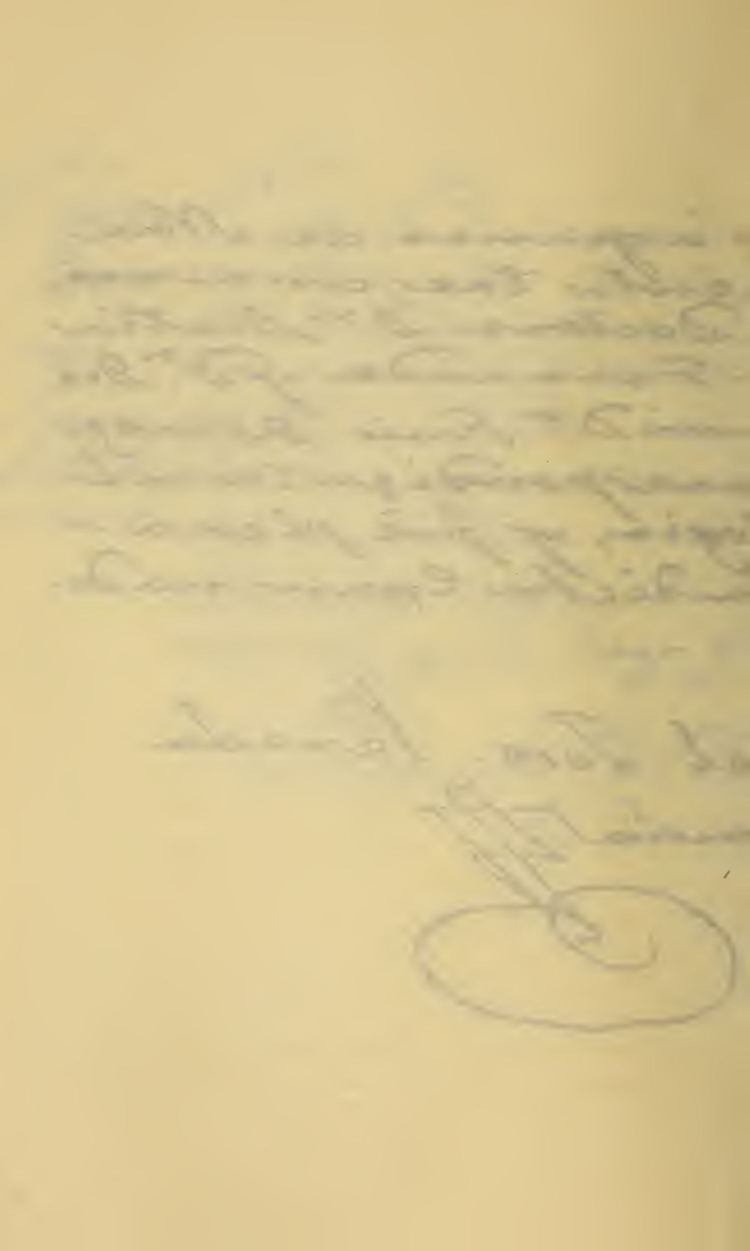
ocuparla» agregando más adelante, al nombrar oficialmente para desempeñar este honorífico encargo al Señor presbítero Don Santiago Figueredo «que *nadie se hallaba mejor que él en aptitud de hacerlo* con *mayores conocimientos personales*» del difunto. La reconocida respetabilidad y talentos del favorecido por el Gobierno con esta distinción le hacían, por otra parte, digno de él.

Dn. Ju- En Buenos A
Don- embre de mil oc
rego. endo á exsaminar
Camacho Dn. Mat
gs. Zavaleta se e
A.A.A. de las materia
segundo Curso de
mente aprobad
res, de que doy fe=
Bach.r Ma
de S

...res á quince de Novi-
...ocientos tres, con asisti-
...tos Doctores D.n Matias
...Fernandez, y D.n Die-
...aminó D.n Luis Borrego
... correspondientes al
...eologia, y fué plena —
...por dichos Examinado-

...nuel Jose Pereda

...rracovia



conclusiones públicas, ya replicando con agudeza é ingenio, ya sosteniendo cues tiones filosóficas.»

Pero, á medida que los años avanzaban, el alumno Dorrego, no obstante estas felices disposiciones de su entendimiento - parecía amoldar mal su carácter independiente con la estrechez del claustro, al traves de cuyos gruesos muros, aturdidos por estudiantil algazara, alcanzaba á penetrar, sin embargo, el rumor de las hazañas de los jóvenes criollos, que combatían por la defensa de los derechos de la patria.

Sir Home Popham había dirigido sus soldados sobre Buenos Aires, en donde, apesar de que el departamento militar era «deficiente y vergonzoso» por las trabas que la España había puesto constantemente á su progreso, las milicias se formaban por encanto, el espíritu marcial se apoderaba de la juventud, de esa misma juventud arrogante que con actos repetidos de energía y de arrojo, debía probar muy pronto que cuando el patriotismo está de por medio, suple la natural bizarría á la

más diestra disciplina y acabada instrucción militar.

El calor de las ideas que se ventilaban en los clubs políticos de Catalanes y Mallecos, donde se comentaban sijilosamente los hechos, pudo encender, también, los ánimos de los jóvenes que estudiaban dentro del claustro, al mismo tiempo que, afuera, se afilaban las espadas y se improvisaban batallones.

De modo que, cuando mil seiscientos ingleses caían, más tarde, sobre la ciudad y se apoderaban de ella por la ley del más fuerte, todos se hallaban ya mancomunados para realizar un mismo pensamiento: la Reconquista.

Liniers entra entonces en escena. El pueblo de Buenos Aires se levanta bajo su poderosa voz, miéntras el de los campos acude, á su vez, al llamamiento guerrero que al frente de un gallardo escuadrón de gauchos decididos, organizado por la sola cuenta de su Jefe, le hace el bizarro joven porteño Don Juan Martín de Puyrredon.

El premio á tanto afan y patriotismo no se hace esperar.

Las milicias del Plata, después de un encarnizado combate que ilustra el nombre de cien héroes, obligan al enemigo á capitular, apesar de una defensa heróica que le merece los «honores de la guerra»; se le toma gran número de banderas y trofeos y, como resultado de tan brillante victoria, aparecen los primeros gérmenes de la emancipación.

La conducta ruin del Virey español precipita los hechos. El Cabildo de la Capital, apoyado por el pueblo, comprende que está demás tan inútil cuanto relumbrante figurón y le impone un alejamiento vergonzoso con la nota de «indigno de ocupar un puesto que había deshonrado» con su pusilánime comportamiento al frente del peligro que ha amenazado á la patria.

La segunda invasión al mando de Achmuty; el ataque á la plaza de Montevideo y la caída de ésta en poder del enemigo, después de un sacrificio estéril de más de 700 hombres, acentúan estas ideas de libertad.

La Colonia, ántes tan pacífica, se transforma y, como consecuencia de los mismos hechos, dos partidos comienzan á diseñarse en el horizonte de las ideas políticas. La efervescencia popular crece y con ella aumenta también la división de los bandos, ya muy señalados. Pero la patria está otra vez amenazada por el extrangero, y la unión, aunque momentánea, se hace necesaria.

Los edificios públicos se convierten entónces en cuarteles; todos los ciudadanos del Rey toman armas y hasta los estudiantes en los colegios, como los frailes en los cláustros, descuidan el desempeño de sus pacíficas tareas, para dejarse invadir por el espíritu militar que todo lo abarca.

La valiente y patriótica palabra de Puyrredon, dirigida á los heróicos húsares que con él se habian distinguido durante la reconquista, resuena de nuevo, vibrando en el corazón de todos los jóvenes y hasta en el de los niños que desean lanzarse trás de su pendón flotante, dispuestos, tam-

bien, á cubrirse de laureles, como Ladislao Martinez, el húsar de 15 años, apellidado después por su arrojo y heroismo «*el pequeño Bonaparte.*» [1]

El testimonio de aquellos contemporáneos que nos han legado sus valiosas memorias de actores en tales sucesos, nos proveen, en efecto, de datos preciosos relativos á la influencia que en la juventud de ese tiempo tuvieron los acontecimientos locales que, por decirlo así, se desarrollaban delante de su propia vista.

Documentos consultados, nos demuestran que los estudiantes del Colegio de San Cárlos no fueron los últimos en dejarse seducir por el entusiasmo militar que les rodeaba por donde quiera, apesar de la sujeción en que aún se les mantenía y del cuidado con que se evitaba la entrada, al silencioso recinto, de toda publicación ó libro extrangero que pudiera contribuir á exaltar sus ánimos y á difundir en sus inte-

---

[1] Algunos historiadores le llaman «el Bonaparte Chiquito.»

ligencias ardientes y juveniles las doctrinas liberales, bosquejadas en los trabajos de los grandes pensadores que habian revolucionado ya con ellas al viejo mundo.

El entusiasmo de los jóvenes debía ser producido, ante todo, por los hechos locales, por la influencia avasalladora del ambiente de patriotismo en que se veían envueltos y que no podía ménos que contagiarles.

No tardaron, pués, en despoblarse las áulas de filosofía escolástica y de teología y el edificio dcl Colegio fué, poco después, destinado á cuartel de soldados.

Según la exposición de la «*Gaceta de Buenos Aires,*» en un artículo suyo del año correspondiente, ya en 1810 «los jóvenes gozaban de una libertad tanto mas peligrosa, cuanto más agradable y, atraídos por el brillo de las armas, que habían producido tantas glorias, querian ser militares ántes de prepararse á ser hombres.»

Entre los estudiantes más exaltados; entre aquellos que más aturdían con sus demostraciones de entusiasmo los patios del colegio Carolino, figuraba el jóven D. Manuel Dorrego quien, según el testimonio de un contemporáneo, inserto en una memoria manuscrita que tenemos á la vista «era uno de los que descollaban por sus ideas calurosas.»

«Aunque tan jóven, dice esa memoria, su imaginación se preocupaba del próximo porvenir de su patria y de los sacrificios que estaba dispuesto á consagrarle.»

El alma caballeresca de Dorrego, su espíritu fogoso, la arrogancia natural de su carácter se manifestaban en la manera como sostenía sus ideas en las diarias,

discusiones á que daban lugar los hechos que traían preocupados á todos los ánimos.

El carácter de un hombre, sus tendencias, sus instintos se revelan desde sus primeros actos, y á este respecto Dorrego era ya en aquel tiempo lo que debía ser durante el resto de su vida: generoso, valiente, patriota hasta la exageración. El aventurero mozo soñaba con empresas atrevidas que seducían su imaginación fecunda, y hallaba especial atractivo en forjar, como lo han hecho en su infancia niños aventajados que más tarde han sido hombres ilustres, planes de realización imposible que solía desarrollar en compañía de sus amigos más íntimos.

Grande empeño habían puesto siempre los padres de Dorrego para que sus hijos concluyesen los estudios en que se iniciaban con tanto lucimiento, para lo cual les amonestaban bondadosamente cada vez que se ofrecía la ocasión de hacerlo.

Pero Don Manuel, más que Don Luis, se inclinaba ya á la carrera de las armas (que no era aún, por cierto, una carrera)

habiendo él mismo asegurado más tarde, según la tradición lo recuerda, que solo por el grande amor y respeto que profesaba á los autores de sus días, é impulsado, principalmente, por el deseo de no contrariarles en lo más mínimo, más de una vez al oir el eco del parche y la voz del clarín que tocaban á generala, no se había escapado de las aulas para ir á ofrecer sus servicios como soldado.

Sabido es lo que era un padre de fami lia en los tiempos del coloniage. Los hijos vivían casi en retiro con respecto al jefe de la casa, «temerosos de presentarse, dice una autoridad en la materia, en presencia de aquel ceño adusto que se miraba como signo principal de subordinación y respeto.» ([1])

El padre, no era, pues, como hoy, el guía del adolescente, «ni ménos tenía con el confidencias cariñosas: era simplemente el amo.»

Y por eso, hasta en los menores actos

([1]) Medina. Hist., de la Lit. Colonial.

de la vida era forzoso proceder bajo su férula. Nada podía hacerse sin la vénia paterna; ni se emprendía viaje, por corto que fuese, ni se tomaba la más insignificante determinación, ni se daba palabra de matrimonio (aun siendo el novio ya entrado en años) sin el consentimiento y la bendición de los mayores.

Pero los padres de Dorrego, más liberales que otros en sus ideas en general, lo eran, también, en el trato con sus hijos, según éstos lo reconocieron siempre y se complacían en declararlo. Una carta privada de un amigo de Dorrego que, entre los papeles que hemos tenido presentes para trazar los renglones que se relacionan con esta parte de su vida, examinamos, nos hace creer que el respeto por la memoria de su padre le acompañó siempre y que la obediencia ciega con que prestaba acatamiento á sus menores órdenes no era hija de aquel «miedo al ceño adusto,» de la generalidad, sinó del cariño y de la gratitud.

No habrá de extrañarse, por tanto, que cuando, más tarde, al ser enviado á Chile con el objeto de concluir allí sus estudios y verse el jóven Don Manuel tentado, antes de su partida, por la ocasión que se le presentaba de lanzarse á una de esas generosas aventuras que tanto amaba, para salvar con riesgo de su propia vida la de un pariente casi desconocido, solicitase sumisamente permiso de su padre para llevarla á cabo. El mismo personage, objeto de tan señalada muestra de abnegación, al narrar después el caso, hace alto en esa, al parecer nimia circunstancia, como para poner de manifiesto las pruebas de respeto y acatamiento dadas en toda ocasión por aquel buen hijo.

La obediencia, la sumisión, fueron, sin duda, prendas de su carácter. Por más trabajo que costara al temperamento entusiasta y vehemente del jóven sofocar dentro de su pecho los impulsos de legítimas y juveniles aspiraciones de gloria, que le instigaban á buscar constantemente el peligro y el vencimiento de las dificul-

tades, podía más en él la voz del deber y del respeto.... ¡Y ese fué el mismo hombre á quien más tarde se acusó de rebelde é insubordinado; de atropellador y díscolo por naturaleza é instintos!...

¡Extraño, incomprensible cambio, habría sido necesario que operasen los años en aquella alma siempre recta, siempre entera y consecuente consigo misma, para que evolución tan sustancial hubiera podido producirse en ella!...

No es esa, en todo caso, la ley constante de la naturaleza que, así como demuestra que todos los seres creados tienen una organización conforme con su destino, demuestra también, que en el hombre, especialmente, son los actos de su vida la consecuencia lógica de una organización moral constituida, y constituida de modo que ni el tiempo ni los sucesos sean capaces de trasformarla radicalmente.

Hay filósofos de la historia que van á buscar en un proceso psicológico semejante la explicación de toda una cadena de hechos importantes; de toda una serie de resultados

sintéticos que á veces no han tenido, para ellos, otro origen que las influencias peculiares de una raza ó el predominio ejercido sobre los acontecimientos por las pasiones, ó virtudes de un solo hombre...

Así es como, por ejemplo, en los menores detalles de la existencia íntima de Napoleón Bonaparte ha creído Taine encontrar la misma tendencia, la misma índole inspiradora de sus actos públicos más trascedentales; bién como otros han hallado en la infancia del romano Nerón tempranos indicios de los apetitos sanguinarios que no debían saciar más tarde ni las antorchas humanas, ni los combates de las fieras en los circos...



Contaba apénas 21 años Don Manuel Dorrego cuando, concluidos ya (como entonces podian concluirse) sus estudios de

filosofía, sobrevino en Buenos Aires la asonada del 1º de Enero de 1809 en la cual su primo Don Salvador Cornet, (autor del manuscrito inconcluso á que nos hemos referido varias veces,) era, como se sabe, uno de los más comprometidos.

Don José Tomás Guido, distinguido escritor argentino, ha narrado ya, tomando sus datos de ese mismo manuscrito, las aventuras á que dió lugar la intervención oficiosa de Dorrego en la fuga del reo, quien, por su parte, declara «que apesar de ser él un pariente casi desconocido del jóven, guiado éste por sólo el celo caritativo que le era ingénito y por la generosidad de su alma,» le facilitó los medios de fugarse y le salvó la vida.

Y más adelante agrega:

«Jamás se le vió indeciso entre la necesidad de un socorro y los peligros que hubiese que vencer para prestarlo. La muerte era para él despreciable siempre que se tratase de afrontarla en auxilio de un semejante.»

Y esta es, en efecto, la nota dominante en aquel conjunto armónico de nobles cualidades.

No hemos podido jamás profundizar la vida de nuestro héroe sin sentirnos verdaderamente sobrecojidos de respetuosa admiración por la hidalguía de su noble carácter. Todo en él es espontaneidad y bizarría. Cada uno de los actos de su existencia vá precedido por algún desembozado arrranque de generosidad ó fiereza que le sienta bién; y hasta en los transportes de ese orgullo innato que le hacía manifestarse siempre tan independiente y tan poco dispuesto á sufrir humillaciones, hay algo de gallardo que seduce é inclina á la simpatía.

Examínense, sinó, algunos rasgos de su juventud:

Niño, acomete con arrojo incomparable, para salvar á los que le rodean, á un perro rabioso «que ya tenía encima.» «Todos toman las de Villadiego, ménos nuestro Manuel que con denuedo no ménos gentil que el caballero de los Leones le aguarda

á pié firme, le ataca desesperadamente y le mata.» ([1])

Joven, salva la vida de un hombre á quién apenas conoce, arrostrando por él la muerte...

Extrangero, se mezcla al movimiento popular de un país amigo y, militando como voluntario entre las filas de los combatientes por su libertad, se distingue entre los más ardorosos. Regresa á su pátria y toma parte en la lucha contra el enemigo. Combate cómo bravo, es herido, vuelve á combatir y salva su bandera cubriéndola de honor...

Pero ¿á qué seguir? Nos hemos propuesto no pasar más adelante; de modo que, por fuerza, tendríamos que detenernos aquí, para volver de nuevo á los hechos que son materia de estas páginas...



([1]) Guido. Fastos de la Lib. «*Don M. Dorrego.*»

«Su equipage habia marchado ya para Chile, cuando sobrevino la revolución del dia primero de Enero en la cuál me hallé yo envuelto» dice Don Salvador Cornet en su interesante manuscrito.

Sabido és cómo, saliendo á media noche de la ciudad «armado á la usanza del país,» llegó Dorrego ántes del amanecer al pueblo de San Fernando dónde se había escondido su primo político, y esperó allí el nuevo día oculto en una enramada.

«Encuentra y contrata baqueanos,—dice el Señor Guido en su breve, pero hermoso artículo biográfico,—para transportar á la banda oriental á su protegido, al mismo tiempo que se le presenta un sargento que andando á salta y á mata como el otro, se aprovecha de esta oportunidad para escapar.»

«Toman una barquilla apresuradamente, y, al punto, incorporándose los guias agazapados dentro de ella, izan una vela que se hincha con vientecillo favorable.»

Así atraviesan hasta la costa opuesta por uno de los tributarios del Uruguay y

abandonan allí «la robada embarcación» para enmarañarse en los bosques y evitar caer en las garras de un general enemigo, que á la sazón hostilizaba á Montevideo, viéndose, para ello, obligados á «dar grandes rodeos y á pasar á nado impetuosas corrientes y esconderse el día en los montes.»

Las aventuras continúan. El sol abrasador, las noches á la intemperie, el peligro, el cansancio, todo lo soporta valientemente el joven Dorrego. Y en medio de esta situación angustiosa no sólo no desmaya, sino que se preocupa, al mismo tiempo que de la libertad de su protegido, de comentar los sucesos de la capital:

«Cuando el peligro, más aún que el cansancio, dicen los verídicos apuntes del Señor Cornet, y el temor de los soles nos hacían ganar los montes para ocultarnos de día; cuando las molestias del viage de toda una noche, que debía repetirse en la venidera, llamaban nuestros cuerpos al descanso; cuando todos se entregaban al sueño, parecía que éste se hubiese ausen-

tado de los párpados de Dorrego á quién preocupaban constantemente los asuntos de la pátria.»

Y entónces entra este escritor á demostrar que Don Manuel entreveía ya la absoluta necesidad de una emancipación inmediata, contrariándole el considerar que para lograrla se careciese aún de los elementos necesarios.

El mismo testigo de estos hechos asevera que el jóven criollo se daba cuenta, con cabal conocimiento de la situación y acertadísimo criterio, de la necesidad de reunirse en un esfuerzo común, para terminar de una sola vez con aquella opresión avasalladora que los españoles ejercían sobre la Colonia y, especialmente, sobre los súbditos nacidos en el país. Que las industrias rural y fabril estaban llenas de mil trabas y espuestas á desaparecer al primer paso que intentara dárseles en el sendero del progreso, «ya que bastaba que algún consulado de España se quejase al soberano de que las provincias americanas perjudicaban al monopolio que hacian

con los suyos, para que se mandasen destruir enteramente.»

Vituperaba, tambien, Dorrego acremente (y demostraba la absoluta necesidad de terminar pronto con tal estado de cosas) la funesta influencia que tenían sobre la sociedad porteña «los satélites del sistema colonial, influencia que abatía moral y físicamente á todo americano que no perteneciese á su círculo.»

«Porque más importancia se daba entonces»—observa, por su parte, el señor Cornet—«entre nosotros á uno que hubiese venido de tambor con el Sr. Ceballos [1] que al hacendado ó artesano americano más honrado. Hasta á los mismos comerciantes se les denigraba con el mote despreciativo de *traperos.*»

Y, apropósito de estos hechos, continúa haciendo algunas otras reflexiones que están enteramente de acuerdo con las que los patriotas de todas las colonias americanas se hacían, á su vez, con respecto

(1) El Virey.

á la sujeción tiránica en que se les mantenía y que son, en suma, el fundamento principal de la idea de independencia que tan espontáneamente prendió y floreció en el alma de los iniciadores del movimiento revolucionario de principios del siglo.

El *Catecismo político Religioso* del Dr. Don Juan Martínez de Rozas, al cual nos hemos de referir más adelante, es un resúmen completo de todas esas quejas y de todas esas aspiraciones.

« Los únicos comerciantes—continúa Cornet—que podían hacer fortuna entre nosotros eran aquellos comisionistas que venían de la metrópoli á establecer sus factorías; pero si se domiciliaban y llegaban á tener hijos en el país, éstos no heredaban la confianza que habían merecido sus padres, ni de sus propios parientes de España, y después de sus días veían venir otro nuevo individuo de la metrópoli á sucederles. Criados en la abundancia y en la ociosidad, que había permitidola reunión de caudal á sus antecesores, su situación se convertía en la

más triste cuando estos medios le faltaban.»

«Todas esas ideas,—prosigue más adelante,—aflijían y conmovían el alma de Dorrego al considerar que una necesidad política de regenerarnos nos hubiese de sorprender en ese triste estado de elementos y que una especie de aristocracia que se había formado entre algunos americanos alucinados con las falsas ideas de nobleza, que los españoles habían hecho consentir con su ninguna aplicación al trabajo, pudiese hacernos más fuerte la emancipación que lo era entonces la misma independencia.»



Apesar de hallarse Dorrego vinculado á la mejor sociedad criolla de Buenos Aires era liberal, llano, sencillo en punto á esas preocupaciones de aristocracia y de raza, lo que no es de extrañar, dada la edu-

cación que había recibido y los principios heredados de sus padres.

Y sin embargo, en su exterior, como en sus modales, el jóven Don Manuel era uno de los mozos más brillantes y gallardos de su época.

Por su tipo y por sus gustos se diferenciaba del tipo llamado «europeo» en detalles que el historiador Don Vicente Lopez ha recogido, (como muchos otros de los que acostumbra proporcionarnos en sus libros) de la tradición, y dado á conocer, en alguna parte de ellos, con la gracia y agudeza que caracterizan á sus escritos.

«El criollo de clase decente y nacido de padres acomodados tenia el mismo tipo que el del común—dice—(cintura delgada y flexible, espalda desembarazada, hombros finamente contorneados, cuello levantado, rasgos perfilados, boca fina, nariz afilada; cabeza redonda, y generalmente chica) tomando las cosas en general como es forzoso tomarlas en este caso: desde su más alta expresión hasta su última escala: *desde*

8

Don Manuel Dorrego que era un tipo consumado del porteño, hasta el carretillerito de Aduana ó el peon del muelle.»

«Los europeos eran soberbios, jugaban á naipes, los más en buena sociedad, y eran amigos de galanteos. No diremos que eran dandys *de aldea,* pero eran dandys *en aldea*, lo que les daba un tipo especial de petulancia y extrema galanura.»

Cuando las primeras ideas de emancipación comenzaron á germinar en la mente de los criollos, ya la división de clases, *europeos* y no *europeos,* era muy marcada, y muy señalado, tambien, el espíritu de antagonismo que reinaba entre ámbas.

Se asegura que la juventud del Plata comenzaba por entónces á iniciarse ya en las tendencias de su época, llevándose esta aseveración tan léjos, por parte de ciertos escritores, que hasta se ha llegado á decir que los libros de Raynal y de Rousseau andaban en manos de los estudiantes de Monserrat y de San Carlos, influyendo de una manera poderosa en sus ánimos juveveniles.

Aunque, como lo hemos manifestado ya, no somos de los que creen que la Revolución francesa haya influido de una manera sustancial en los acontecimientos que tenían por teatro la América del Sur, no nos queda duda, sin embargo, de que tales libros, salvando la distancia y rompiendo el aislamiento en que en América se vivía, hayan alcanzado á penetrar por excepción en los gabinetes de algunos, (pero muy pocos,) de los hombres más avanzados de aquellos tiempos.

Más, por lo que toca á la juventud en general, nosotros consideramos mucho más espontáneo el sentimiento que simultáneamente, por decirlo así, debió nacer en el alma de los jóvenes criollos, sedientos de líbertad y de independencia.

Animosos, listos, altivos por naturaleza, de suyo inteligentes y perspicaces, las ideas debían brotar en ellos al calor de su propia inteligencia y de su propio corazón, aguijoneadas por la serie de injusticias y de arbitrariedades con que se les trataba de

mantener bajo la tiránica férula de un amo torpe y desprestigiado.

Por eso, principalmente, fué, para nosotros, la Revolución Américana una revolución sagrada, y el acto natural de la emancipación no solo un acto lícito, sinó tambien, el remedio aplicado á un estado de cosas insostenible y perjudicial; el desenlace de un problema como cualquiera otro, nacido de los acontecimientos mismos. Y así como todo problema tiene su solución lógica ó, si se quiere, matemática, la independencia de las colonias fué el resultado natural, lógico y matemático, de la multitud de circunstancias diferentes que entraron en él como factores constitutivos.

Si hacemos alto en este punto es porque no querriamos arrebatar á la multitud de criollos que, afiliados bajo la misma bandera, acudieron voluntariamente, de propio movimiento, á militar en las falanges de los adalides de la libertad, el mérito de una acción generosa, y espontánea, hija únicamente de nobles impulsos.

Léjos estamos, pues, de creer, como lo hemos manifestado ya, que la gran mayoría de los criollos de principios del presente siglo estuviese en este lado de los Andes tan impuesta de lo que en el viejo mundo sucedia, y, mucho ménos, que hasta los estudiantes de San Cárlos y Monserrat conociesen ya los trabajos de Campomanes, Roda y Jovellanos, y se hallasen al cabo de los adelantamientos hechos en las ciencias naturales y matemáticas y en los ramos de economía política y de gobierno « al mismo tiempo que oían tronar á lo lejos la voz de Mirabeau como si saliera de las nubes de una tormenta » según la brillante, aunque no tan exacta exposición de un historiador argentino.

Nosotros no hemos hallado vestigio de importancia relativo á la enseñanza de los ramos citados en los planteles de educación de Buenos Aires. Todo lo que nos dicen los publicistas mas respetables es que se abrió una escuela náutica con 15 discípulos en 1779, cuyo secretario, el ilustre Belgrano, fué el verdadero creador de

ese plantel. Pero sus esfuerzos no fueron al parecer, muy eficaces. «Según se desprende de la lectura de un discurso suyo —dice la respetable autoridad que consultamos al mismo tiempo que leemos el discurso de que se trata—«la academia de náutica tenía sobre sí una amenaza de muerte.»

Sólo *despues de la Revolución,* á fines de 1810 (12 de Setiembre) se abrió solemnemente una Escuela de Matemáticas bajo la dirección del Teniente Coronel Don Felipe Santenach.

Sobre este hecho dice lo siguiente Don J. M. Gutierrez, que ha dedicado un volúmen entero, fruto de estudios profundos, al origen y desarrollo de la enseñanza pública y superior en Buenos Aires desde 1767 hasta 1821:

«En vista de la necesidad de defender los principios que la Revolución profesaba, sintióse la de educar á los oficiales de la guarnición, y esta fué la tendencia que se dió á la nueva institución considerándola «como el principio de la ilustración de esa

brillante carrera que *una política destructora había degradado, sepultándola diestramente en las tinieblas de la ignorancia.* [1]

Por lo que respecta á estudios de economía politica, (que el escritor de cuya opinión disentimos hace figurar ya en 1806,) no comenzaron en la Universidad, hasta el año de 1823, en que el Gobierno nombró para desempeñar el cargo de profesor á Don Pedro Agrelo.

Otro escritor distinguido, Don Amancio Alcorta, Rector del Colegio Nacional y Catedrático en derecho, confirma nuestra opinión en su obra titulada «*La instrucción secundaria.*» Después de lanzar una rápida ojeada sobre el estado de la enseñanza durante la colonia y de declarar que «en balde sería buscar en toda la época colonial y en las dos corrientes de la instrucción (la del Norte y la del litoral) aquella enseñanza que pertenece á las masas populares y que es hoy el deside-

(1) J. M. Gutierrez – Obra citada, pág. 184.

ratum de todas las agrupaciones organizadas,» [1] reconoce que ántes de que estallara la Revolución en el territorio Argentino las cátedras planteadas por Belgrano no tuvieron la menor importancia, al extremo de que «por fin, llegaron órdenes terminantes de España para la supresión de las escuelas de náutica y geometría» «por considerarlas de mero lujo,» lo cual vá, ademas, apoyado por el respetable testimonio del Historiador Don B. Mitre. [2]

Sólo en 1814 se forma un nuevo plan de estudios en el cual entran la geometría, la trigonometría, la física, la filosofia moral y la Constitución del Estado.

Es incuestionable, sin embargo, que en el Plata, más que en Chile, la instrucción general de la juventud y de las masas populares habría tenido derecho de ser tomada para algo en cuenta, ya que aquí

(1) Obra citada, pág. 309.

(2) Historia de Belgrano.

por la proximidad con Europa, las comunicaciones eran más fáciles.

La vida al otro lado de los Andes era, forzosamente, mucho más apacible; las costumbres añejas más inveteradas; la organización social mucho más patriarcal, casi feudal; la enseñanza que se daba en las escuelas y colegios escasa y defectuosa, como lo era, generalmente, en casi todas las colonias; había restricciones impuestas á la introducción y circulación de libros, todo ello debido, durante el régimen colonial, á las difíciles comunicaciones con el extrangero y hasta con la misma España.

«Existian unos pocos hombres que en sus viages ó en la lectura—dice el insigne historiador contemporáneo Don Diego Barros Arana en su monumental Historia General de Chile—habían adquirido algunos conocimientos ó ensanchado el horizonte de las ideas comunes de sus compatriotas; pero la generalidad de la población y de las clases tenidas por cultas se hallaba en un estado de entorpecimiento intelectual de que no es difícil encontrar vestigios en el

exámen de los documentos y de los sucesos de la época.»

En Chile las personas más influyentes eran todavía, en la época del movimiento revolucionario Americano, los Jefes de esas familias de organización patriarcal á que hemos aludido, ancianos aristócratas, tan cargados de añejeces como de años. Ellos eran los que entre sí acogian ó rechazaban primeramente las ideas que habían de ponerse en práctica.

«En su alta posición—dice el historiador chileno Don M. L. Amunátegui—esos potentados no necesitaban preparar la opinion. Y la mayoría de la Nación eran ellos. Con que ellos se resolvieran estaba hecho casi todo. Los parientes (que como en la sola familia de los Larraines se componían de más de quinientos miembros) sus habilitados, sus siervos ó vasallos, habían necesariamente de apoyarlos en la adopción ó rechazo de esas ideas.»

A la conclusión de que «son generalmente los pueblos y no los individuos los que hacen las revoluciones» serviría de

prueba lo acontecido en el Plata, donde el movimiento tomó desde el principio un carácter general y donde la voz de alarma fue unánime.

Pocos, por consiguiente, muy pocos, unos cuántos no más, eran aquellos que, según hemos tratado de demostrarlo, se hallaban en el caso de beber las nuevas doctrinas que, más tarde, habían de tener casi una completa aplicación en los hechos.

La mayoría de los jóvenes Americanos carecía de esos elementos de instrucción adelantada y apenas sí al traves de la distancia, uno que otro destello de luz lograba de cuando en cuando penetrar y lucir ante sus admirados ojos.

Fúnes, Moreno, Gorriti y Belgrano, educados la mitad de ellos en Europa, eran una excepción. [1]

Por eso juzgamos considerable el mérito de aquellos jóvenes que, como Dorrego,

---

[1] Aunque Fúnes fue alumno de la Universidad de Córdoba, había obtenído ya en 1778 el grado de Bachiller en leyes civiles en la Universidad de Alcalá de Henares (España) antes de figurar en su patria.

Castelli, Baigorri y otros muchos, educados en la sujeción del cláustro, en medio del más profundo oscurantismo, despojados por completo de los más rudimentarios principios en las materias de que nos hemos ocupado en el curso de estas líneas, demostraban, personalmente y como por instinto, tendencias y aspiraciones liberales dignas de que las tomemos hoy en cuenta los que sobre ellos escribimos, cuando, por medio de la más prolija investigación histórica, tratamos de reconstituir sus verdaderas fisonomias, haciéndolas renacer, por decirlo así, á la vista de los contemporáneos que nos sigan en tal estudio.

En nuestro deseo de hacer patentes las cualidades del personage á quien se refieren estos sinceros apuntes, no querríamos, sin embargo, aparecer exagerados. No nos proponemos probar que el joven Dorrego era un genio; pero sí queremos dejar constancia de que sus talentos eran sobresalientes y que, si su carácter inquieto, aventurero; su vocación decidida por las armas; su imaginación juvenil, fácilmente

excitada, no diremos por la ambición, pero sí por el exagerado anhelo que siempre demostró por el engrandecimiento de su patria, no le hubiesen llevado, en lo mejor de sus años, á renunciar de repente (como lo narraremos más adelante,) á los estudios que con brillo había cursado, hubiera sido Dorrego uno de los estadistas más ilustres de su patria, uno de los tribunos más elocuentes; uno de los escritores más brillantes.

En sus conversacioncs, aún siendo muy joven, denotaba ya, según sus contemporáneos, lo que llamarían hoy los franceses « un esprit nouveau » ; lleno de originalidad, de fuego y de rasgos personales, con un sentido práctico constante en las ideas. Su palabra, como lo fueron más tarde, sus escritos, (y prueba de ello es su picante colaboración en la *Crónica Argentina* periódico de oposición de 1816 y, más tarde, en *El Tribuno* de 1826 y 1827. Su estilo era vivo, preciso, claro, valiente; en ocasiones cortante como un cuchillo, tendente siempre á ir de lleno al asunto que le ser-

vía de materia; de modo que podría decirse de su frase que no desataba sino que cortaba las cuestiones, siempre que era preciso llegar, desde luego, y de una manera terminante á la conclusión necesaria, evidente.

Pero no adelantemos los sucesos.



SEGUNDA PARTE

DORREGO

EN

CHILE



«¡Chilenos y Argentinos
«Por áridas quebradas,
«Por nieve y hielo abriéronse caminos
«En legiones armadas!...
«¡Las cumbres de los Andes
«Son páginas eternas de esa historia:
«Dos pueblos libres fueron pueblos grandes
«Dignos del lauro de inmortal victoria!...»

GUILLERMO MATTA (chileno)
NUEVAS POESIAS

—

«La alianza de las Provincias Unidas del «Plata con Chile fué mensagera de gloriosos «destinos, no solo para ámbos Estados sinó «para toda la América, y los fastos del «Nuevo Mundo asumen la magestad de la «epopeya al pintar los pabellones argentinos «y chilenos ondeando entrelazados sobre las «alturas más soberbias del Globo...»

J. TOMÁS GUIDO (argentino)
FASTOS DE LA LIBERTAD

SEGUNDA PARTE

DORREGO EN CHILE

Porqué pasaban en aquella época muchos jóvenes argentinos á Chile á graduarse en Derecho — La Universidad de Córdoba — La Universidad Jurídica de Santiago — Dorrego llega á Chile — Estado del Reyno en 1810 — Compendiosa relación histórica — Espíritu de la Revolución — Eco que encuentran en Chile los sucesos del Plata — Comunicaciones con el Vireynato — La juventud chilena — Dorrego, miembro distinguido de ella, por sus ardorosas manifestaciones se capta la voluntad de todos — Carrasco — Sus perfidias — Se estrechan las relaciones entre Buenos Aires y Santiago de Chile — Manifestaciones del 11 de Julio — Dorrego sobresale por sus ideas adelantadas — Prisión de Ovalle, Rojas y Vera — Dorrego se distingue en la repartición de esquelas — Confraternidad de Chilenos y Argentinos — Comunicaciones entre ámbas Juntas — Dorrego pasa tres veces la Cordillera llevando reclutas á Mendoza — Elojios que merece por su conducta — El Diputado Alvarez Fonte — Motín de Figueroa — Valiente comportamiento de Dorrego — El parche de honor á los que se distinguieron en esa jornada — Cariño de Dorrego por Chile — Su regreso á Buenos Aires — Conclusión.

Comenzaba el año de 1810 cuando Don Manuel Dorrego preparó sus maletas para hacer, á traves de la Cordillera, el viage que muchos de los Argentinos que se dedicaban á la carrera forense llevaban

entónces á cabo, con el objeto de ir á graduarse en la Universidad Jurídica de Chile.

La repentina aventura que le ocurrió entonces y á la cual hemos hecho referencia en el capítulo anterior, postergó por algún tiempo la fecha de su partida.



Extraño parecerá que, teniendo dentro de su territorio la famosa Universidad de Córdoba, no pocos alumnos de aquellos tiempos se viesen obligados á emprender una peregrinación larga y penosa para obtener en el extranjero el título de doctor en leyes.

La explicación de este hecho, al parecer anómalo, la hemos hallado, más que en la circunstancia aducida por algunos escritores «de ser los que tal peregrinación hacían jóvenes sin fortuna ó de fortuna modesta (que en ese caso el viage á Córdoba fuérales ménos dispendioso) en otra que nos parece mejor fundada.

Desde el año de 1773 el estudio de la jurisprudencia había quedado *excluído* del plan general de la enseñanza pública en el Vireynato, hasta que el Colegio Carolino no fuese levantado á la Categoría de Universidad.

«Por no haber Cátedra de Jurisprudencia—dice Don Juan M. Gutierrez—«en nuestros establecimientos, aquellos jóvenes que concluían su aprendizage en Buenos Aires y se sentian con vocación por la carrera del foro emprendían inmediatamente un viage incómodo á Charcas ó á Santiago de Chile para graduarse y obtener el título de abogado.»

En Chile existía, desde fines del siglo, no solo una Universidad Jurídica, sino que también, como en Charcas, una Academia á la cual asistían por tres años consecutivos los aspirantes á la abogacía, «quienes debían concurrir, además, al estudio de algún letrado de nota.»

Y, adelantando nuestra investigación, encontramos que la creación de las cátedras de derecho de la Universidad de Córdoba

no tuvo lugar hasta la época del Gobierno de Sobremonte. Y aún entónces eran muy mal servidas esas cátedras y no mejores los métodos empleados en ellas, como lo prueba el siguiente párrafo tomado del Dean Fúnes:

«Por lo que respecta á Córdoba no cuento, dice, entre las obras que hacen honor á la memoria del Virey el establecimiento de las cátedras de Jurisprudencia introducidas en su Universidad. A más de que la agregación del estudio de leyes se hizo con miras interesadas, *fué tan infeliz el método de esa enseñanza* que no pudieron recogerse sus ventajas.» [1]

En 1803, época en que Dorrego figuró como alumno de filosofía y teología en San Cárlos, solo existían en la Universidad Cordobesa dos cátedras de derecho civil, «una de *prima* servida por el Doctor Don Victorino Rodríguez y otra de *vísperas* por el Doctor Don Dámaso Gigena, entónces ausente, según indicación de la misma guia.»

[1] Ensayo histórico T 3º pág. 393, citado por Gutierrez.

No quiere esto decir que la Universidad de Chile fuera brillante *en general*, ni que estuviese mucho más adelantada que la de Córdoba en el ramo especial de Jurisprudencia. Por el contrario: muy inferior á la primera bajo ciertos puntos de vista, era apénas superior á ella en este último.

Desde principios del siglo XVIII, como lo hemos manifestado, la instrucción secundaria y superior que podia recibirse en Chile estaba reducida á la que se daba en los conventos de religiosos y en el pequeño y reducido seminario de Santiago, y al terminarse los tiempos coloniales, la Universidad «instituída bajo la advocación de San Felipe en honor del Soberano que había autorizado su creación»—dice Don Diego Barros Arana—«era, por sus estatutos y por el espíritu de su enseñanza, un trasunto de los establecimientos análogos de España y de las otras colonias.» «Sin embargo»—agrega más adelante—«el establecimiento de esta Universidad importa una innovación muy trascedental. Por pri-

mera vez se vieron en Chile maestros de la juventud que no fueran clérigos y frailes.»

Y por fin, concluye:

«La enseñanza que se daba en la Universidad de San Felipe era especialmente teórica, é iba dirigida á dar títulos para ejercer profesiones liberales y especialmente abogacía.»

La jurisprudencia, enseñada en latín se cursaba por la Instituta de Justiniano con cortas explicaciones de la legislación española.

En el mismo autor hallamos más adelante una razón que apoya la nuestra y que explica, también, el porqué muchos jóvenes argentinos no iban á Charcas y sí á Chile á recibirse de abogados.

«El Vireynato de Buenos Aires tenía una Universidad»—dice—«para dar títulos literarios y profesionales y esa Universidad estaba establecida en Charcas, á mucha distancia de la Capital del Vireynato. Muchos jóvenes de ésta y de las Provincias inmediatas preferían venir á

Chile á hacer ó á terminar sus estudios; estrechaban por las relaciones de amistad los vínculos de unión que ya existían por la comunidad de orígen y por el tráfico comercial y preparaban así la acción que debía hacerse sentir, combinada, en 1810 para marchar á la independencia.»



El jóven Dorrego llegó en una época apropósito para dar lugar, más que al logro del objeto principal de su viaje, (que lo era la terminación de sus estudios) al ejercicio de sus particulares instintos, que le inclinaban, preferentemente, á la carrera de las armas.

Apesar de haberse distinguido, según lo hemos visto, en los estudios teológicos y filosóficos, Dorrego no era mozo que demostrase vocación por el foro ni por la sacristía. Su carácter aventurero, su espíritu inquieto le llevaban irresistiblemente

hácia el torbellino de la lucha política que por entonces preocupaba ya en Chile á muchos ánimos.

Los sucesos ocurridos en Buenos Aires con motivo de la invasión de los ingleses habían tenido eco en aquel Reino, despertando allí la atención, apesar de la natural apatía de sus habitantes que, como se ha demostrado, vivían al otro lado de los Andes enteramente tranquilos, ejerciendo pacíficamente una vida de familia, casi feudal; acatando la voluntad de los patriarcales Señores, jefes de las casas solariegas que dominaban en el reino «respetados por sus riquezas, por sus relaciones y por la multitud de sus dependientes; y estrechamente ligados entre sí.» [1]

Largo é inoficioso sería entrar en consideraciones encaminadas á hacer aquí conocer los antecedentes que precedieron á la Revolución de Chile y los que, especialmente, tuvieron influjo sobre los hechos

---

[1] Amunátegui «Dict. de O'Higgins.»

que dieron como consecuencia la emancipación final.

Los que conozcan la situación en que, por entonces, y desde antiguo, se encontraban las colonias españolas; los sucesos que se desarrollaron en Europa á fines del siglo; la influencia del ejemplo dado por las posesiones inglesas de la América del Norte, constituídas ya en república federal independiente, bajo los auspicios del ilustre Washington; los escándalos de la corte española, con motivo de la invasión francesa en 1808; y, por fin, las agitaciones producidas entre los criollos por todas estas noticias, por todos aquellos ejemplos y por el desgobierno en medio del cual se les mantenía; no necesitarán sinó refrescar su memoria con una breve reseña de las circunstancias que, de manera más marcada, fueron poco á poco preparando la solución que no debía hacerse esperar.

Esos antecedentes han sido extensamente estudiados durante el presente siglo por escritores nacionales, que, como el escrupuloso historiador contemporáneo D.

Diego Barros Arana en su ya citada «*Historia General de Chile,*» han anotado, en orden riguroso y con método y claridad admirables, todo aquello que de léjos ó de cerca se encuentre relacionado con los acontecimientos principales.

Pero ya que escribimos para los argentinos tanto como para nuestros compatriotas, no estará, quizá, de más que enumeremos á grandes rasgos la serie de hechos políticos que habian tenido lugar en Chile antes de la llegada de Dorrego á Santiago.



Cuando el brigadier Don García Carrasco asumió interinamente el mando del Reino, la situación se presentaba aún perfectamente tranquila.

Carrasco, que en 1796 se había ocupado en la construcción de las fortificaciones de Montevideo, en previsión de los

ataques de los ingleses; después de haber prestado sus servicios en 1785 en el Vireynato de Buenos Aires, pasó á Chile con el encargo de «revisar las cuentas de la obra de la casa de Moneda y de estudiar ciertas modificaciones en los fuertes de Valparaiso,» donde desempeñó el cargo de Gobernador interino del puerto.

Apesar de que Carrasco era hombre de agradables maneras y de aspecto que imponía á su favor, era, también «de mente estrecha é inflado de vanidad.»

Los hechos, según lo veremos más adelante, demostraron que su alma era tan menguada como su corazón.

El Gobernador Carrasco se inició mal en el mando.

Las elecciones Universitarias de 1808 suscitaron una ruidosa cuestión que había tenido por orígen la elección de un Rector, cargo codiciado por los Señorones del Reyno, como honorífico y prestigioso. Carrasco intervino arbitrariamente con perjuicio de su propia dignidad y atropello de las instituciones Universitarias. Hizo

mediar la fuerza armada y se captó, desde luego, antipatías entre los magnates de aquella orgullosa sociedad.

En esa misma época llegaron á Santiago, por la vía de Buenos Aires, las noticias de la abdicación de Cárlos IV y de la proclamación de Fernando VII.

Entónces se recibía en la capital sólo cada dos meses la correspondencia de España por un buque correo que salía de la Coruña con destino á Montevideo y de allí era remitida, por la Cordillera.

Las noticias de las perturbaciones en la Península despertaron en la Capital del Reyno de Chile, como en este lado de los Andes, las primeras inquietudes, por la importancia que ellas envolvían para la suerte de la América, pues, era de temer que la España, sometida más tarde por Napoleón, llegase á arrastrar consigo en su derrota á las colonias del Atlántico.

No tardaron en recibirse detalles que, por lo contradictorios, tuvieron que ser alarmantes.

Las opiniones andaban divididas y de esa división debían nacer los partidos.

La llegada del emisario Saussenay á Buenos Aires con la misión de que aparecía investido y los sucesos que con tal motivo habían tenido lugar en el Vireynato, hallaron un profundo eco en Chile, sobretodo por creerse allí á Carrasco partidario del Virey. El cabildo y el pueblo se pronunciaron, sin vacilar, en contra del Soberano impuesto por los invasores de España.

Pero no era esto todo: nuevos sucesos debían venir á agitar, más aún, la opinión y á aumentar el desprestigio de Carrasco.

El apresamiento de la fragata inglesa «*Scorpion*» y asesinato de su capitán, llevados á cabo de una manera infame por orden de Carrasco, so protexto de sofocar el comercio ilícito, (que hasta entonces se había hecho impunemente en las costas setentrionales del Reino de Chile) pero, en realidad, con el objeto de aprovechar del rico botín que debía ser consecuencia de la confiscación de su cargamento, dió

lugar á una serie de incidentes que pusieron de manifiesto la villanía y la codicia del Gobernador, cuya participación, señalada, en el caso se descubrió plenamente al criterio del pueblo indignado.

El conocimiento de los detalles terribles del crímen y de la perfidia y cobardía con que había sido perpetrado alzó un grito de reprobación general, y la opinión pública se pronunció «con abrumadora uniformidad» contra el torpe y criminal militarote que gobernaba al pueblo; marcando sobre su frente vanidosa, como con un hierro candente, el odioso estigma de «asesino.»

Pero esa frente no estaba acostumbrada á doblegarse por tan poco.

El orgullo y el cinismo del «mandon» llegaron á su colmo, y su actitud desembarazada en presencia de las reclamaciones presentadas por los ingleses con motivo de la tragedia del «*Scorpion*» comprometió á la misma España.

Creció de punto, con todo esto, el aislamiento del mandatario, que se vió acar-

reado á un enojoso antagonismo con el Cabildo, haciendo manifiesta en el ánimo de los patriotas la necesidad absoluta de llevar á cabo reformas administrativas trascendentales que tuvieran por base la ingerencia del elemento popular en la cosa pública.

De eso á la Revolución no había mas que un paso.

«En esa circunstancia»—dice el historiador Barros Arana, á quien seguimos en el orden de la exposición de estos sucesos—«recibió el presidente de Chile, á mediados de Mayo, un oficio que debió alarmarlo sobremanera y que traia al pié la firma del Virey de Buenos Aires, Don Baltasar Hidalgo de Cisneros.»

Esa nota, que original hemos tenido nosotros á la vista en el Archivo de esta Ciudad, es la expresión del sentimiento que los rumores de los sucesos de Chile habían levantado en el Rio de la Plata, donde la idea revolucionaria estaba ya tan avanzada.

Los temores del Virey eran, pues, sobradamente fundados, y, conocidos que fueron en Chile, no hicieron sinó precipitar la ruina del Gobernador, en cuyo ánimo, apesar de la aparente calma con que hacía alarde de recibir las noticias mas fatales para su causa, comenzaron á entrar, por fin, las vacilaciones y la perturbación.

Consecuencia de ellas fué la inoportuna y contraproducente prisión de los ciudadanos Don Juan Antonio Ovalle, Don José Antonio Rojas y Don Bernardo Vera, ancianos respetables, sospechados del delito de conspiración.

La manera como fué ejecutada más tarde la sentencia; la brutalidad desplegada por los agentes que se encargaron de llevarla á cabo; la simpatía y respeto de que las víctimas eran objeto en Santiago y en el país entero, levantaron en la muchedumbre nuevos sentimientos de reprobación que se tradujeron, muy poco despues, en manifestaciones de ira popular.

El pueblo se amotinó y pidió á gritos la libertad de los presos, y cuando uno de

ellos, Don Juan de Dios Vial, comunicó por medio de una carta los sufrimientos y vejámenes de que habían sido víctimas durante el viage que ocultamente se les obligara á hacer hasta Valparaiso, para embarcarles abordo de la fragata « *Astrea* », con el fin de enviarles, en seguida, al destierro, esas manifestaciones tomaron el carácter de un verdadero alzamiento.

Alarmado Carrasco, vióse obligado á ceder ante las amenazas y á devolver la libertad á los prisioneros.

Pero ya era tarde. El pueblo se había acostumbrado á estos tumultos; el descontento general había penetrado en la masa popular; la necesidad de reformas completas se hacía sentir más que nunca.



La noticia del movimiento revolucionario de Mayo al otro lado de los Andes y la deposición del Virey y creación de

una Junta habían encontrado á Chile en un estado de efervescencia, ya tan acentuado, que, según la expresión de un contemporáneo «era imposible que ese Reyno dejase de seguir, en breve, el ejemplo dado por sus hermanos vecinos.»

«El conocimiento de tales sucesos—dice el ilustre cronista sobre quien volvemos, al hacer este ligerísimo compendio de la historia de aquel tiempo,—«venía á alentar las esperanzas y la actividad de los patriotas y á producir la consternación y el espanto entre los consejeros del Gobernador. La junta revolucionaria de Buenos Aires había tenido la arrogancia de dirigirse al Gobierno Chile para darle cuenta de su instalación y, lo que era mucho mas todavía, para pedirle su cooperación y apoyo en las emerjencias que debían sobrevenir, dada la desaparición de todo Gobierno en España.»

Cuando se tomaron, pues, las medidas violentas contra Vera, Rojas, y Ovalle, de que hemos hecho ya mención, los ánimos se hallaban preparados para todo.

Las agitaciones á que tal acto dió lugar merecen ser narradas con mayores detalles, por comenzar ya á figurar en ellas Don Manuel Dorrego (quien, según se verá, fué, tambien, el apresador de Carrasco) como cabecilla en los movimientos populares.



Los alumnos de la Universidad de San Felipe eran, casi todos, mozos de la mejor sociedad de Santiago.

Don Manuel Dorrego, que desde su llegada se había captado excelentes amistades, entró á formar parte de esa sociedad como uno de sus miembros mas distinguidos.

«Antes de los acontecimientos en que se vió envuelto»—dice, de paso, Don Salvador Cornet en el manuscrito que tenemos á la vista—«ya el jóven Dorrego se había hecho apreciable en Chile, por su educación

esmerada, su carácter caballeresco y sus maneras distinguidas «que los Chilenos» —añade con galantería exquisita de porteño, «saben apreciar sobremanera»...

Apénas instalado en Santiago el jóven extrangero comenzó por ligarse en la Capital á algunos de sus compañeros de estudios, con lo cual, y las recomendaciones de que le había provisto su excelente padre ántes de partir, quedó definitivamente incorporado en la sociedad santiagueña.

En poco tiempo era conocido de todos.

Los aristócratas de Santiago le abrieron las puertas de sus estrados y los dueños de casa más aficionados á tratar en sus tertulias de los asuntos del día; á charlar sobre política y sobre la situación futura de la América, le asignaron un puesto de preferencia en sus corrillos. Dorrego era afable, atrayente y locuaz. Se expresaba con suma facilidad y tenía el don de comunicar, á quien le escuchaba, la llama de su entusiasmo.

Los antecedentes de su juventud, sus aventuras, su participación en los acon-

tecimientos que habían tenido lugar en su patria ántes de su viage, le daban materia más que suficiente para mantener interesado á su auditorio miéntras hablaba; y su talento, poco común, unido á lo decidido de su carácter, eran parte á conquistarle un verdadero éxito, y á valerle elogios entusiastas por lo avanzado de sus opiniones y por el desembarazo, firmeza y juvenil descoco con que solía manifestarlas.

Los estudiantes tenían en la Universidad una pequeña imprenta, la única que existía entónces en Chile. Parece que Dorrego recordó más tarde, en más de una ocasión, evocando la memoria de sus primeros años, que la tal imprenta estuvo, á menudo, á pique de costarles, á él y á sus compañeros, algún tremendo carcelazo ó proceso de consecuencia grave.

Adelante veremos qué uso hicieron los revolucionarios de esa imprenta, arma en aquel tiempo, más terrible aún, si cabe, de lo que lo es hoy en día.

El jóven D. Manuel, según nos lo dá á conocer la tradición y alguna que otra anecdotilla (ya medio amohozada por los años, pero muy de actualidad en esa época tan recordada por los pocos viejos que de ella van quedando) tuvo, tambien, mucho éxito entre las damas.

Y no podía ser de otra manera.

Jóven, bien nacido, apuesto, esmeradamente educado, valiente; poseía todas las cualidades de seducción, susceptibles de hallarse reunidas en un mozo de su edad y de su posición.

Su talante era, como lo hemos dicho, gallardo, y los rasgos particulares de su fisonomia y de su persona podrían reconstituirse así: boca pequeña y graciosamente delineada: denotaba malicia y perspicacia; ojos de color oscuro, grandes, rasgados: ora manifestaban viveza, ora dulzura y bondad, según fuera el sentimiento que reflejase el alma en ellos. La mirada del que debía ser más tarde Coronel Dorrego, llamaba la atención, y contemporáneos suyos ha habido que decían que era una

de esas miradas que *hablan*, cuando las anima el calor de la inspiración.

La frente era pequeña, pero despejada, y la cabeza redonda y pequeña, tambien. Un analista habría observado en ella las cualidades indicativas del valor y la firmeza de carácter. Los cabellos oscuros y abundantes, (1) un tanto ondeados y peinados hacia adelante, á la usanza de los hidalgos de la época. De talla mediana, el conjunto de su persona era de una elegancia natural é innata, cuidadosa de sí misma; pero que excluía la afectación ó el refinamiento.



Los estudiantes de la Universidad de Santiago, como los del Colegio de San Carlos de Buenos Aires, no tardaron en

(1) Existen aún, dispersos, varios medallones con pelo de Dorrego.

verse, tambien, arrastrados por la corriente de entusiasmo en que se encontraba envuelto todo aquel pueblo, ansioso de justicia y de libertad.



El 11 de Julio del año que corria llegaron á Santiago los dos propios despachados de Valparaiso por Rojas y Ovalle, en los cuales daban estos señores cuenta de la violencia inaudita con que se había consumado el acto de su prisión.

La alarma, como se ha dicho, fué grande. La juventud, sobretodo, se manifestó indignada y se lanzó al frente de los descontentos á esparcir la noticia.

Entre esos jóvenes estaba Dorrego.

La muchedumbre, precipitándose como una ola, fué á estrellarse tumultuosamente contra el palacio Municipal, que desde ese momento quedó expuesto á las consecuencias de la ira popular y cercado

por grupos numerosos de gentes de todas condiciones que en breves instantes ocuparon las escaleras y los pasadizos interiores y una porción considerable de la plaza pública.

Es de advertir que el acto de prisión y destierro de los tres patriotas se había llevado á cabo sin que el pueblo se diese de pronto cuenta de ello. Carrasco había tratado de engañar á la opinion, dando á entender que los prisioneros quedaban solamente en calidad de detenidos.

Al saberse, pués, la verdad, la indignación tuvo que ser, necesariamente, mayor.

En el archivo de Buenos Aires hemos encontrado un ejemplar del interesante manuscrito inédito titulado *Carta de Santiago Leal* que, por contener una exposición detallada de aquellos sucesos, escrita por un testigo y actor, ha servido como fuente principal de información á algunos de los historiadores contemporáneos que se han propuesto narrarlos. De dicha carta tomamos los párrafos siguientes:

«Es imposible ponderar dignamente el entusiasmo con que la nobleza de Chile reune en dos horas sus ideas y cuando los padres de la patria se dirigen al ayuntamiento y se juntan allí, ya encuentran á una porción de ancianos respetables que interesan sus canas reconviniéndoles por la obligación que tienen de poner á cubierto un vecindario entregado á su custodia. El cabildo vive intimamente penetrado de estos deberes; por eso se junta oficiosamente en aquella hora, en que oyendo el clamor universal del pueblo que pedia á gritos el remedio de sus aflicciones, decretó dirigir al Presidente una diputación compuesta del Alcalde D. Agustin Eyzaguirre, y el procurador del cuerpo D. José Gregorio Argomedo pidiéndole una audiencia.»

La Diputación se dirijió al Palacio. Pero el Presidente, que para proceder no quería mas voces que las de su voluntad, sin escucharles, los mandó retirar con su inaudita grosería, ordenando que todos se fuesen á sus casas.

«Este desaire hacía brotar fuego á la bizarra juventud de esta Capital. Pero la generosa circunspección del Cabildo trata de serenar la justa indignación de la nobleza; y para no omitir los medios que dicta la prudencia, hace que se repita la diputación al tribunal. Marcha ésta, y tras ella el Ayuntamiento. En efecto, antes que los Diputados dijesen su opinion, ya la sala, patios y corredores de la Audiencia estaban ocupados de los principales de esta Capital.

«Lo primero que piden es que el Tribunal mande venir al acuerdo al Señor Presidente; otórgase así y en su consecuencia se ofrece el Oidor Don Manuel de Irigoyen para llamarle. Sale el Ministro; y aunque dilató más de lo que debía, por fin vuelve con el Jefe y se presenta al Tribunal, siendo de notar que al pasar por las filas de aquel glorioso y respetable escuadrón de nobles, mira á todos con una sonrisa, y gesticulación tan estrañas que no fué fácil distinguir si era mofa de aquella asamblea, ó efecto de la

turbación en que le ponían sus delincuencias.»

Carrasco no se dejó intimidar, sin embargo; pero tampoco intimidó él á nadie.

El procurador de ciudad leyó con voz entera y sonora la relación sumaria de los acontecimientos que tenían ajitado al pueblo y exigió, enseguida, «en nombre de ese mismo pueblo, que expidiera allí revocación de la órden de destierro de los tres caballeros víctimas del atentado.»

El aspecto imponente y amenazador de la asamblea, las demostraciones calurosas de sus miembros, debieron hacer comprender al terco Gobernador que lo mejor era ceder.

Asi lo creyó, sin duda, pues al cabo de algunos momentos de tumultuosa discusión se vió obligado á firmar la órden que se le pedia.

Pero ya Carrasco estaba desprestigiado hasta el extremo de que su situación se hacía insostenible.

Los vecinos de la Capital temían la venganza del terrible Gobernador de quien

se decía que se preparaba para aterrar á la población con un golpe de autoridad.

«Estos rumores—dice el Señor Barros Arana—«circulados con prodigiosa rapidez, eran creidos en todas partes y provocaron en la población el propósito de resistencia á mano armada.»

El siguiente cuadro, trazado por la pluma maestra del insigne historiador, es interesante y vale la pena de reproducirse aquí, para dar una idea más completa de aquellos sucesos, en que figuraba, perdido aún entre la multitud agitadora y haciendo solo el papel de entusiasta voluntario en la causa que, á fuer de leal y generoso había abrazado, con todo el ardor de sus juveniles años, el bizarro protagonista de estos prolijos apuntamientos:

«Poco despues de oscurecerse el día 13 de Julio la ciudad estaba sumida en su quietud habitual. Las tropas permanecían tranquilas en sus cuarteles respectivos. Se hacía sentir el frio glacial de una noche de riguroso invierno. Antes de mucho, sin

embargo, comenzó á notarse la agitación del vecindario. A la luz de la luna se veían grupos de gentes de todas condiciones que parecían alarmadas por un peligro común. A las nueve de la noche la plaza principal estaba ocupada por mas de ochocientas personas á pié ó á caballo que ocultaban bajo sus capas espadas, machetes, pistolas ó escopetas. Cada cual se había armado del mejor modo que le era posible. En las casas de los alcaldes se reunían conciliábulos para ponerse á cubierto de los siniestros planes que atribuían al Gobernador. Resolvióse allí que cien hombres de acaballo se situarían en las bocacalles que dan entrada á la plazuela de la Moneda para incomunicar el cuartel de Artillería.

«Colocáronse partidas de ciudadanos armados en varios otros puntos, mientras que algunas patrullas recorrían incesantemente diversas calles. Los mismos alcaldes y algunos vecinos de representación y de fortuna mandaban esos destacamentos y entre los simples soldados que los com-

ponían figuraban casi todos los hijos de las familias mas ilustres de la ciudad.»

El historiador chileno que estas líneas escribe mezcla é menudo, mas adelante, el nombre del jóven argentino Don Manuel Dorrego á quien atribuye importante participación en ellos; de modo que cada vez que se trata de algún acto en que la juventud de aquel tiempo haya tenido ocasión de dístinguirse, hallamos á nuestro personage listo entre los primeros para ofrecerse á concurrir de su persona, ya con el objeto de figurar en los partidos organizados para la defensa común, ya con el de servir á propósitos tendentes á hacer cundir la llama del entusiasmo por la causa de la libertad.



Así es como, tomando cada vez más y más cuerpo la idea de la instalación de una junta de Gobierno, convocábanse mútuamente sus partidarios á reuniones parti-

culares, destinadas á llegar al resultado que se deseaba.

Un día, la noticia repentina de la celebración de una junta oficial de guerra, que debía reunirse en la secretaría de gobierno por medio de esquelás dirigidas á los oficiales de cierta graduación, sorprendió á los patriotas en medio de los aprestos que hacían para un movimiento proyectado para el siguiente día.

El objeto inesperado de dicha Junta era el de recibir la renuncia que presentaba Carrasco de su puesto de Gobernador «por el estado de su quebrantada salud y las ocurrencias de los presentes tíempos.»

De esa reunión debía salir el nombramiento del Conde de la Conquista, como sucesor del célebre mandatario que así tan de repente, y como por su propia voluntad, aparecía bajando del poder.

Figura en esta ocasión el jóven Dorrego de una manera señalada, por lo exaltado de sus opiniones, según nos lo dá á conocer el párrafo siguiente; que tomamos del libro del Señor Barros Arana, por ser su

respetable autoridad la que mayor fé nos merece en estas materias.

«Poco á poco»—dice ese párrafo—la plaza fué llenándose de gente atraída por la novedad. Los grupos de curiosos penetraban hasta el patio del palacio donde todos hablaban de los sucesos del día preguntándose cuál sería el objeto de aquella reunión. Luego circuló el rumor de que Carrasco iba á dejar el mando, que le era imposible seguir desempeñando, y se oyeron voces que pedían un cambio absoluto de Gobierno. Un jóven originario de Buenos Aires, llamado Don Manuel Dorrego, que había venido á Chile á terminar sus estudios en la Universidad de San Felipe y que se contaba entre los mas fogosos agitadores de aquellos días, gritó repetidas veces en el mismo patio del palacio estas palabras: «¡Junta queremos!...»

«Sin embargo, su voz no encontró grande eco entre la concurrencia que, tomada de improviso, no había recibido la palabra de orden para proclamar este cambio en esa reunión.»

Lo avanzado de las opiniones de nuestro personage queda demostrado con este solo hecho, cuya importancia, al parecer insignificante, resalta en otro párrafo del mismo historiador. De dicho párrafo se desprende que, si la voz del joven patriota hubiera sido escuchada y su valiente grito apoyado por la masa popular, se habria llegado, quizás, desde ese mismo día, al objetivo principal de todos aquellos actos, que debían hallar su solución final en el establecimiento de una junta gubernativa, tal como la deseaban los hombres de ideas más francas.

He aquí el párrafo:

«Poco más tarde cuando se anunció la resolución de la junta de guerra, aquellos grupos de gente se dispersaron bajo impresiones bien diferentes. Para muchos la separación de Carrasco era cuánto se podía apetecer, y celebraban con grande entusiasmo este resultado. Los que estaban iniciados en los planes revolucionarios se mostraban poco satisfechos de los sucesos de aquel dia. «*¡Hemos errado el golpe!*»

decían alguuos de estos, al ver malogrados sus esfuerzos para instalar una Junta gubernativa.....»

No es extraño que el jóven porteño, dados sus antecedentes, su educación, y las ideas que le conocemos, fuera uno de «los agitadores más fogosos.»

Su accion personal en los sucesos de aquellos primeros días se pierde, sin embargo, para el historiador presente; no porque carezca ella de cierta importancia, sino porque, hallando mezclado á su autor entre las filas numerosas de la juventud de la capital, no posee documentos especiales para seguirle particularmente en todos los actos en que se encontró envuelto.

Tóca, no obstante, á quien, como nosotros, se dedica á resucitar, por decirlo así, á fuerza de trabajo y de estudio, á los que llevaron á cabo tales actos, reconstituir, por deduciones y afinidad de datos y circunstancias, la participación que á cada uno de ellos haya cabido en los acontecimientos. Hecho este trabajo, reunidos los materiales que encontramos

dispersos, aquí y allá, en libros y documentos que á la materia se refieren; llegamos, en el caso presente, á la conclusión de que nuestro héroe se halló figurando en cada uno de los sucesos que en el curso de estas páginas se han narrado; sobresaliendo en muchos de los que se narrarán más adelante.

Pero, á fin de no detenernos en detalles de escasa importancia para nuestro propósito (y cuya exposición requeriría, por otra parte, todo un volúmen) pasaremos por alto algunos hechos que, si bien serian de imprescindible consideración para quien se dedicara al estudio del desenvolvimiento de la Revolución Chilena; no lo son del todo para la marcha de nuestro asunto.

Una crísis terrible era inevitable; las puertas de la Revolución quedaban ya abiertas y, adalides de un pensamiento regenerador, los hombres de progreso se hallaban dispuestos á lanzarse por ellas á la consecución de sus nobles propósitos; obtenidos los cuales, había de afianzarse para siempre en la América entera el nuevo

dogma, principio y cimiento de la seductora doctrina que ya en 1789 había sido proclamada en el viejo mundo y que sus partidarios resumían en las tres célebres palabras, tan sencillas como grandes por su significado: *libertad, igualdad, fraternidad.*

¡De la libertad fundamental, que en su sentido más elevado significaría para el pueblo el pertenecerse á si mismo, debían brotar, como brotan los ríos de una fuente copiosa, todas las otras libertades lícitas al hombre: desde la libertad individual hasta la libertad moral; la libertad civil, esencia misma del progreso; la libertad religiosa y la libertad de conciencia!....

La Revolución americana, como la Revolución francesa, fué justa porque fué fundada.

A medida que la luz fué penetrando en medio del pueblo, el pueblo fué caminando lógicamente hácia su emancipación.

«¡Descendientes de los Corteses, de los Pizarros y de los Valdivias!—exclamaba Don Juan Martínez de Rosas en su *Cate-*

cismo político—¡tomad vuestro partido con resolución y con buen ánimo! ¡Esclavos recientemente elevados á la dignidad de hombres libres, mostrad que ya no sois lo que fuísteis, que os hallais emancipados y que ya teneis uua representación política entre las naciones del orbe!....»



No todos eran partidarios de las reformas que debían comenzar con la instalación de la primera Junta gubernativa. El clero, en general, se mostraba enemigo apasionado de toda innovación.

Sin embargo algunos, aquellos que habían sufrido postergaciones en su carrera «por exclusivismo de la Corte de Madrid en favor de los españoles,» comprendían las ventajas que una reforma trascendental acarrearia para todos. En los apuntes de un contemporáneo encontramos lo siguiente con relacion á este punto: «Si

algún americano,—dice—se dedicaba al estudio de la teología, inclinándose á la Iglesia, era como una quimera el soñar con un obispado ó canongía. De 550 obispos como había contado la América hasta entónces, 495 fueron españoles, y solo 55 americanos.»

El clero, pues; ya en el púlpito, ya en la cátedra, ya en el confesonario, predicaba el respeto á las autoridades españolas establecidas.

Los planes de los patriotas se acarreaban, sin embargo, cada dia mayor número de partidarios; los oidores andaban desconcertados y el Conde de la Conquista, Don Mateo de Toro y Zambrano (anciano achacoso que había sucedido á Carrasco) aunque era chileno de nacimiento, se manifestaba perplejo y vacilaba á cada paso, sin saber qué actitud tomar en presencia de los acontecimientos.

Los jóvenes cabecillas de los tumultos populares, que eran los que más empeño ponían en llegar al establecimiento de una Junta de gobierno, y entre los cuales se

había distinguido Dorrego, al lado de sus compañeros Don Luis Carrera y Don Baltasar Ureta, miembros ambos de muy principales familías de Santiago, habian adquirido la reputación de «hombres audaces, y llegado á hacerse prestigiosos entre la muchedumbre.» Estos jóvenes reunían gente; se ocupaban en la repartición de esquelas; eran, en una palabra, el soplo que atizaba constantemente el fuego de la conspiración y del ardimiento popular.

El 6 de Setiembre llegaba á Santiago un correo de Buenos Aires trayendo noticias fatales para el partido español. La revolución estaba allí en pleno auge y el poder y el prestigio de la Junta revolucionaria «se extendía y propagaba rápidamente en una gran porción del territorio del vireinato y se preparaba para invadir el Alto Perú.»

Los sucesos se precipitaban; la efervescencia de los partidos crecía á medida que adelantaba el tiempo, y ya el día 16 de aquel memorable mes llegaban á su colmo las

manifestaciones y exigencias de los patriotas y las vacilaciones del decrépito anciano á quien la renuncia de Carrasco y la voluntad del pueblo habían llevado poco ántes al poder. El grito de ¡Junta queremos! era entónces como la voz de guerra de la multitud.

Las patrullas patriotas recorrian la ciudad, y, mientras los hombres que dirigian los acontecimientos redactaban las esquelas de invitación que debían reunir un cabildo abierto, encargado de discutir «cuál sistema de gobierno debía de adoptarse,» los jóvenes de la Universidad de San Felipe (en cuya pequeña imprenta se habían impreso dichas esquelas), siempre entusiastas, se encargaban de hacerlas repartir. Todos ellos rivalizaban en celo y actividad, de modo que ya el 17 de Setiembre la repartición quedaba terminada.

El concienzudo historiador chileno que dá cuenta minuciosa de estos hechos hace una especial mención del jóven argentino

Don Manuel Dorrego «que *en dicha repartición había tomado parte muy principal.*» [1]

El 18 de Setiembre llegó por fin. ¡Día glorioso para los fastos de la historia chilena y que aún celebra el pueblo entero con entusiastas regocijos!

La instalación de la primera Junta gubernativa significaba una magnánima declaración de independencia y la muerte del antíguo régimen vejatorio.

Grande fué el entusiasmo del pueblo chileno al ver realizadas sus aspiraciones, como fué grande, tambien, el júbilo de sus hermanos de este lado de los Andes al tener, mas tarde, noticia del fausto acontecimiento; noticia trasmitida á ellos por un propio que partió apresuradamente con destino á Buenos Aires en la noche de ese mismo día.

Desde entónces se estableció una comunicación no interrumpida entre ambas juntas gubernativas. Cada correo llevaba y

---

(1) Barros Arana, Hist. General de Chile—Tomo VIII, pág. 213.

traía alguna nota en la cual se hacían las mas cordiales declaraciones de confraternidad, iniciando, por decirlo así, una amistad que entre ambos pueblos debía, con los sucesos posteriores, llegar hasta constituir una de las alianzas más estrechas de que guarda memoria la historia americana.

¡Ai.., ojalá que rencillas pasageras y hechos de nímia importancia, como los que en época no lejana han perturbado, por breves momentos, los francos y generosos sentimientos que entre Chilenos y Argentinos han existido siempre, no pasen de simples disputas «sobre rocas áridas» ó bríndis sin consecuencia, mala intención, ni importancia alguna!

El archivo de Buenos Aires guarda debidamente clasificados en un voluminoso legajo, ya empolvado y amarillento [1] las diversas piezas de que esa correspondencia

[1] Legajo nº CXIX, correspondiente al archivo de 1810 nºs 1 hasta 25, de la Sección «Chile.»

se compone y las cuales hemos querido consultar antes de trazar estos apuntes.

Tambien la colección de la *Gaceta*, importante publicación de aquellos tiempos, conserva en sus páginas algunos artículos de Argentinos prestigiosos, que son la expresión de los nobles y cordiales sentimientos que les animaban con respecto á sus hermanos de Chile.

El 11 de Octubre llegó á la capital del Vireynato la noticia de la instalación de la Junta de Santiago y fué saludadá allí con una salva de 21 cañonazos.

Reproducimos, casi íntegro, el artículo de la *Gaceta* que publicó aquella comunicación:

Dice así:

«Buenos Aires 25 de Octubre de 1810.

«El correo ordinario de Chile ha confirmado las noticias de la instalación de su Junta y presenta á los buenos patriotas el consuelo de ver intimamente unido á la gran causa de la América aquel poderoso reyno. Todos los pueblos se han apresurado á celebrar con trasportes de júbilo

el momento feliz de su regeneración, y el sagrado entusiasmo que los agita producirá con rapidez los inmensos recursos que sofocaba el despotismo, pero que nunca pudo extinguir en regiones tan opulentas.

«El genio americano, que ha inventado tantos recursos en un solo pueblo, obrará prodigios en toda la América; y, concentrados los poderes cuyo interés debe conducir á un fin mismo, representará un estado respetable, que libre de riesgos y temores, podrá reglar una constitución, que haga la felicidad del país y el honor de la humanidad. ¡Que todos los pueblos arrojen de su seno con ignominia al ingrato que mira con pesar el bien de la tierra que lo mantiene; que en todas partes el funcionario tema la censura pública, y el empleado encuentre en la opinión del pueblo el único garante de sus sueldos! ¡Que se arranquen de raiz todos los vícios, de la antigua administración que hemos llorado tantas veces; que solamente se espere del mérito lo que antes obtenía el valimiento; que el magistrado sea inexo-

rable en sostener los derechos de la justicia, el gobernador infatigable en promover el bien de su pueblo, el ciudadano siempre dispuesto á sacrificar á la patria sus bienes y su persona; que conozcan todos que los empleos no honran, sinó al que se honra á sí mismo por sus virtudes; que un hombre desconocido, pero con virtudes y talentos, no sea jamás preferido por otro en quien el lustre de su casa no sirva sinó para hacer más chocante la diformidad de sus vicios!

....

....

«En esta Gaceta no presentaremos sinó las noticias relativas á Chile y las provincias interiores. Ellas son las más importantes, y descubren, de un modo indudable, el general entusiasmo de los pueblos, y el corto término que falta para que todos se vean unidos, y trabajando de concierto en la común prosperidad.»

En el oficio con que el cabildo de Chile comunicaba la noticia, y el cual, como los demás documentos de que nos serviremos

más adelante, existe original en el mencionado archivo, decía aquella corporación, entre otras cosas, lo siguiente:

«Nada es tan satisfactorio al hombre como ver uniformadas sus ideas á las de aquellos que se distinguen por su ilustración y patriotismo. Y cuando este Cabildo recibe precisamente el oficio de V. E. de 30 de Agosto último, tiene el honor de participarle que en el dia 18 del corriente se instaló la Junta provincial, cuya acta acompañamos.»

Y luego terminaba:

«Chile descansa en la sublime gloria de su tranquilidad y se promete perpetuarla cuando, estrechando sus relaciones con V. E., pueda añadir á los recursos con que se prepara contra cualquier invasión, las luces y auxilios de la generosa é inmortal Buenos Aires.»

La junta de Buenos Aires contestó á este oficio de la manera más amistosa y, á fin de poner aquí en relieve esa cordialidad y esas demostraciones mútuas de simpatía entre argentinos y chilenos, re-

producirémos, á riesgo de ser prolijos, algunos párrafos de la nota citada y de otras que tienden al mismo fin.

«La solemne instalación de esa Exma. Junta —comenzaba— ha sido un objeto de la mayor complacencia para ésta, y para todos los hombres patriotas que desean el bien general de la América.........

....

«La junta de Buenos Aires, trasmite á V. E. el voto público de estas provincias que se manifiestan animadas de los mas vivos deseos de cimentar una estrecha alianza y fraternidad con los generosos habitantes del reino de Chile. En comprobación de estos sentimientos desea la junta hallar ocasiones de contribuir con todos los recursos que están al alcance de su poder y que conduzcan á la estabilidad de ese gobierno y firmeza de su constitución.

«Debemos, pues, confiar que nuestra justa causa nunca será trastornada y que la base principal de una constitución firme y duradera, que asegure la felicidad de

estas provincias, debe buscarse en la perfecta unión de sus habitantes, y con una firmeza incontrastable, que sofoque y allane en su principio todos los embarazos que se opongan á nuestro legítimo sistema. Estos son los sentimientos de las Provincias del Rio de la Plata que, en su entera conformidad con las del opulento reino de Chile, cuentan un nuevo principio de estabilidad.

Octubre 31 de 1810.»



En el mes de Noviembre del mismo año, establecida ya, y en ejercicio de sus funciones, la nueva forma de gobierno en ambos países, Chilenos y Argentinos comenzaron á preocuparse de sus intereses comunes «hallándose intimamente convencidos de la necesidad de la más estrecha unión» dice la nota que original tenemos á la vista, y reconociendo «que la base

de su seguridad exterior y aún de la interior consistía esencialmente, en la unión», por lo cual deseaban «que, en consecuencia de los principios que se propusiesen á los demás gobiernos (especialmente á los de la América del Sud), se llegase á acordar un plan para establecer la defensa general.»

La Junta de Buenos Aires, abundando especialmente en estas excelentes ideas, con fecha 29 de Noviembre comunica que, «en vista de la conformidad que, felizmente, se ha establecido en el sistema adoptado por el Reino de Chile y las Provincias del Rio de la Plata y el interés común de estrechar las relaciones que han de existir entre ambos países *nombra por diputado cerca de la junta de Chile* al Doctor Don Antonio Alvarez Fonte, que se hallaba con anticipación en esa Capital» para lo cual le confiere despachos en regla, encargando á la junta «que le oiga en todos los asuntos de Estado que ocurriesen y los que él mismo promoviese con arreglo á las instrucciones

que se le han dado para el completo desempeño de su Ministerio.»

El despacho é instrucción decia así:

«Buenos Aires 29 de Noviembre de 1810.

«Al Señor Don Antonio Alvarez Fonte, nombrándolo por diputado de esta Junta cerca de la de aquel Reyno, para lo que se le acompaña el despacho é instrucción:

«Siendo sumamente importante mantener y estrechar las relaciones que, naturalmente, deben existir entre estas provincias del Rio de la Plata y las de ese Reyno de Chile, en mútua ventaja de ambos paises y consolidación del glorioso sistema que ha abrazado esta parte de la América, ha resuelto la Junta, satisfecha de los conocimientos, acierto y patriotismo de V. nombrarlo por su diputado cerca de la Junta de ese Reyno, como resulta del adjunto despacho, para promover y tratar todos los asuntos concernientes á esa importante materia, con arreglo á las instrucciones que se le remitan y en adelante se le dieren, quedando en la persuación

de que su desempeño en tan interesante ministerio corresponderá á la confianza que la ha determinado á este encargo.»

Nos hemos detenido intencionalmente en estos últimos detalles porque, estando el diputado Alvarez Fonte, como más adelante se verá, intimamente ligado á los sucesos posteriores y, especialmente, á la parte que en ellos cupo á Don Manuel Dorrego; y, siendo estos sucesos los que más importancia tienen con relación á los actos de este último personage en Chile, conviene señalar cuál era el carácter con que el enviado argentino había sido investido ante la Junta de ese país y cuáles las circunstancias personales que pudieran darle mayor ó menor responsabilidad, para tomar en consideración sus escritos, al examinarse, luego, sus comunicaciones con el Gobierno del Plata, respecto de la ingerencia del jóven Dorrego en dichos sucesos.

Alvarez Fonte era un jóven inteligente y ardoroso,—dice el señor Barros Arana, «que conocía mucho este país y que tenía en él numerosos amigos por haber

hecho sus estudios de leyes en la Universidad de Santiago.» ([1]).

Condiscípulo, pues, y compatriota de Dorrego, es indudable que debió ligarse con él de íntima amistad.

Alvarez Fonte llegó á Santiago el 20 de Octubre y «aunque sus títulos lo acreditaban solo como un ajente de Gobierno de Buenos Aires cerca del Cabildo de Santiago, la junta le reconoció un carácter mucho mas alto y fué recibido con los honores que la Corte de España dispensaba á los embajadores extrangeros.» ([1])

Los trabajos de la junta gubernativa continuaban con actividad, entre tanto: se formaban nuevas tropas; se convocaba á un congreso general y se declaraba la libertad de comercio.

El año termina así, y los primeros meses del siguiente, en uno de los cuales murió

([1]) Nota correspondiente á la página 250 del Tomo VIII de la Historia General de Chile.

el Conde de Conquista (27 de Febrero de 1811) vieron adelantar poco á poco el progreso de las ideas revolucionarias.



En el interin, en el Rio de la Plata tenian lugar hechos importantes, cuya noticia produjo grande alarma en Chile una vez que fué allí conocida.

Las fuerzas de Buenos Aires se hallaban empeñadas en la campaña del Paraguay, tan fecunda en honra para Belgrano y sus valientes soldados.

El paso de Tebicuary-Guazú; la victoria de Tacuary y la heroicidad del ilustre General en Jefe en esas brillantes jornadas no habian aún terminado la gloriosa empresa, cuando sobrevino la insurreccion de la Banda Oriental.

En la mañana del 6 de Febrero llegaba á Santiago un propio que de Mendoza traía la noticia del acontecimiento.

La Junta de Santiago se posesionó de la inminencia del peligro y, reuniéndose, acordó enviar un mensajero encargado de averiguar la verdad y ofrecer auxilios.

Transcribimos la nota que la Junta de Chile dirigió á Buenos Aires en esa ocasion y que hallamos en un suplemento extraordinario á la Gaceta, fechado, Lúnes 8 de Febrero de 1811.

Dice así esa nota:

«Con esta fecha dice esta Junta al Gobernador de Mendoza lo siguiente:

«En este instante, que son las nueve y media de la mañana, ha llegado á esta administracion de correos un extraordinario dirijido por un particular de esa, en que han venido varias cartas de individuos residentes allí, que aseguran acaba de llegar un correo de Buenos Aires en que la Junta Provisional de aquella Capital noticia á ese Gobierno que el Gobernador Elio ha llegado á Montevideo con algunos miles de hombres y con los títulos de virey y capitan general de las

provincias del Rio de la Plata: que la Junta trata de resistirse; y que, para ello, ha pedido gente á esas provincias. La Junta de este reyno desea saber cuanto haya de cierto en el particular, instruida de Vmd. muy por menor de todo: tambien desea saber, si siendo cierta esta noticia, convendrá que este Gobierno auxilie con tropas á la capital de ese vireinato; y si pasando la cordillera tiene vmd. arbitrios para que sigan adelante».

«Lo transcribimos á V. E. para que, contando con nuestra buena disposicion, y sumo interés de la justa causa que ampara V. E. y nos une, nos comunique, por su parte, la que debemos tomar nosotros en este empeño segun nuestras proporciones».

Despues de transcribir esta nota la Gaceta agregaba por su parte:

«La lectura de la carta antecedente ha debido causar las mas dulces sensaciones. ¡Qué cosa mas encantadora que ver un pueblo de héroes extender sus miras generosas mas allá de la esfera de su personal in-

terés! La inmortal Ciudad de Chile acaba de añadir un nuevo timbre á su decoro. Despues de haber disputado la posesion de su corazon el amor de la patria y el de la gloria, al saber el riesgo que amenaza á esta capital con el arribo del Brigadier Elío, ha resuelto no ser la última que compita á las demás provincias el título sagrado de libertadora de la patria, como si dijese á sus hijos: ¡vamos á morir pues ya estamos cansados de humillaciones! y los encamina al campo de Marte. Ellos vendrán á hacernos ver que las espadas Chilenas jamás se desenvainaron sino para alcanzar victorias. Este auxilio nos hará continuar con mas viveza el ardor que la vecindad de Elío ha suscitado en los ánimos. Sus tentativas serán preludios de hostilidades más sérias, y ya que ha querido hacer su destino dependiente de su ambicion y de sus venganzas, esperándolo con aquella imperturbable constancia que caracteriza el valor de unos hombres libres, lo obligaremos á que mendigue el favor de los mismos que destinaba al yugo».

El ofrecimiento de refuerzos hecho por la Junta de Chile fué acogido con entusiasmo por los patriotas de Buenos Aires.

Pero el Cabildo de Santiago, herido en su amor propio por no haber sido consultado sobre el punto, segun unos; ó abrigando temores, segun otros, de que una alianza realizada por este medio con el Rio de la Plata envolviera al pais en compromisos que perturbaran la marcha de los acontecimientos, y le expusieran á las fatales consecuencias de una guerra, reclamó y manifestó su opinion, contraria al envio de reclutas.

No debe verse, en todo caso, en este hecho sinó una cuestion interna de partidos, una lucha entre dos Corporaciones (la Junta y el Cabildo) empeñadas ámbas en hacer predominar su voluntad: la una habituada á tener gran ingerencia en los negocios públicos; la otra dominada, arrastrada por la vigorosa accion de un caudillo avasallador: el doctor don Juan Martinez de Rosas.

En tal dificultad, la Junta acogió la buena idea de someter el caso á una reunion de militares prestigiosos, muchos de los cuales, despues de sérios y detenidos debates (en que se diseñaron y dieron á conocer claramente los dos partidos ya existentes) no solo opinaron, con abrumadora mayoría por que se enviara á Buenos Aires el contingente anunciado, sino que tambien, ofrecieron, llenos de entusiasmo, sus servicios personales para tomar parte en la expedicion.

El 7 de Marzo de aquel año quedaba extendido el decreto que ordenaba la partida para Mendoza de gran número de reclutas.

Uno de los militares chilenos que más entusiasmo habia demostrado por la causa de Buenos Aires era el capitan de ingenieros D. Juan Mackenna que á la sazon estaba desempeñando el importante cargo de Gobernador de Valparaiso y que en una nota en que solicitaba se le permitiera

partir al frente de refuerzos, decia: [1] «Comun es nuestra causa, comun ha de ser nuestra suerte, y la órden del dia debe ser *morir* ó *vencer.*»

Es incuestionable, pues, que la idea de acudir en ayuda de los insurgentes del Plata predominó y se impuso en la mayoría de los chilenos. Muchos de los miembros más prestigiosos y respetables del pais y, especialmente aquellos que militaban en el partido llamado de los *exhaltados,* hicieron una representacion que alcanzaron á suscribir ciento quince individuos, en la cual no solo solicitaban «que se enviara á Buenos Aires el auxilio, sinó que se reprendiera enérgicamente á toda persona que no conviniese en esta medida.» [2]

Dorrego no podía permanecer inactivo en esta ocasion.

Ofreciendo su persona y su escaso caudal al servicio de su patria amenazada,

---

[1] Hist. Gral. de Chile, Tom. VIII, pág. 295.
[2] Alcibíades Roldan, «Primer Cong. Nacional de Chile.»

púsose de acuerdo con el diputado Alvarez Fonte quien lo comisionó para que, atravesando la cordillera, llevase hasta Mendoza todas las partidas que pudieran reunirse. Tan laudable y tan eficaz fué la conducta del jóven porteño en la ocasion que el Gobierno de Buenos Aires no pudo menos que tomar noticia oficial de ella.

En los apuntes de un contemporáneo que se refieren á estos hechos hallamos lo siguiente que reproducimos:

«Con su influencia y con el decidido favor y auxilio del Gobierno Chileno pudo Dorrego reclutar muy pronto en Chile quinientos hombres, que él mismo condujo despues á Mendoza con gran trabajo y fatiga, teniendo que atravesar la cordillera. Asi que hubo dejado los primeros quinientos volvió á repasar los Andes para regresar á Santiago de Chile.»

Más hizo Dorrego: Despues de atravesar, no una, sinó *tres* veces la cordillera,

ofreció sus propios y escasos caudales para contribuir con ellos á la defensa de su patria, como se verá por los párrafos siguientes, que transcribimos integros, por merecer las fuentes de donde han sido tomados la más absoluta fe: el primero pertenece á uno de los más escrupulosos y exactos historiadores Chilenos, y el segundo le hemos copiado de la misma Gaceta de Buenos Aires:

«En estos afanes—dice el señor Barros Arana—Alvarez Fonte, habia sido eficazmente ayudado por don Manuel Dorrego, aquel jóven estudiante que ya hemos nombrado y que en tres viages consecutivos alcanzó á llevar á Mendoza mas de cuatrocientos reclutas.» (1)

En la noche del 9 de Marzo salió la primera partida compuesta de 98 hombres y *antes del fin de mes estaba ya de vuelta en Santiago.*

---

(1) Hist. General de Chile, Tomo VIII, pág. 298.

El 9 de Abril volvió á salir para Mendoza con otros doscientos y «*habiendo regresado inmediatamente á Santiago salió por tercera vez con otro destacamento de 104 hombres.*»

«Alvarez Fonte—agrega el mismo historiador—recomendaba en su correspondencia oficial en los términos mas calurosos la conduta de Dorrego. «Hablando de este distinguido patriota,—decía en una nota de 15 de Mayo,—no puedo menos que interesar la alta atencion de V. E. en su proteccion, y recomendarlo del modo mas encarecido. Yo nunca podré ponderar el relevante mérito que él ha contraido en solo la recluta y conduccion de gente por tres veces hasta Mendoza; prescindiendo de los particulares servicios que ha hecho á favor de la causa comun en esta Capital; pero si podré asegurar que en él tendrá V. E. un jóven de toda ejecucion y desempeño.»

El artículo de la Gaceta á que nos hemos referido es el que sigue: [1]

---

[1] Gaceta de Buenos Aires, tomo correspondiente al año 1811.

«La multitud de noticias con que ha sido preciso satisfacer la expectación pública en las anteriores Gacetas, ha postergado inevitablemente la publicación de los donativos, con que se esmeran en manifestar su patriotismo, adhesión, é interés hácia nuestra causa, muchos vecinos de esta ciudad, y sus provincias, los habitantes todos de las campañas, y aún de fuera de nuestro territorio.

«A Buenos Aires le deben ser muy satisfactorias, tambien, las demostraciones todas con que el opulento reyno de Chile se esfuerza en conformar sus sentimientos á los de nuestro Gobierno: *entre ellas deben tener un lugar distinguido las contribuciones siguieutes,* que se han hecho para facilitar los reclutas con que ha dispuesto sostener nuestra causa y las expresiones con que se han ofertado:

«RAZON DE LAS CANTIDADES *que se han dado en donativo para los reclutas que se han de efectuar en este reino de Chile.*

D. *Agustin Llagos* ha oblado cien pesos, con expresiones del mas recomendable entusiasmo, y ciertamente dignas de este incorporable patriota.	100
«D. MANUEL DORREGO ha donado cien pesos y *pone su persona á la disposicion de la Junta de Buenos Aires,* manifestándose con todo el laudable ardor que produce un decidido empeño en obsequio de la justa causa que sostiene esta parte de la América..................................	100
«El Dr. D. *Bernardo Velez, teniente de granaderos de Chile* ha oblado dos onzas de oro, asegurando lo sensible que le era no tener un caudal correspondiente á sus mismos deseos para sacrificarlo todo en obsequio de la Junta de Buenos Aires...........	34
TOTAL........	234

Tanto empeño demostró Dorrego en sobresalir en celo y en la expresion de sus

sentimientos patrióticos, y tanto llamaron la atencion el valor y actividad desplegados por él para llevar á término los tres pasages de la Cordillera, apesar de que la estacion era ya avanzada, y las tempestades de nieve amenazaban ponerle un verdadero obstáculo en su camino, que la junta de Chile no pudo menos que hacerle cumplido honor y justicia, mencionándole con elogio en una nota oficial de 10 de Mayo de 1811, que tenemos á la vista, y en la cual decia textualmente á la de Buenos Aires «que la actividad y vigilancia del jóven conductor de esos refuerzos estaba allá (en Chile) tan acreditada, que la Junta conceptuaba inoficioso que le acompañase el Capitan de Artillería D. José de Lira, quien se hallaba dispuesto á conducir dichos reclutas». [1] Y, mas tarde, en otra nota á la misma Junta, que llevaba la fecha de 29 de Abril de 1811 decia, por su parte, el diputado Argentino.

---

(1) Nota citada, Archivo General de Buenos Aires.

«*Exmo. Señor:*

«Se apersonará ante V. E. el capitan D. Manuel Dorrego que, despues de haber hecho honor á su patria, en este pais y, habiendo conducido con el mas improbo trabajo y fatiga dos partidas considerables de reclutas á la ciudad de Mendoza, llegará ahora á esa Capital con otra no menos importante, en número de 104 hombres. El ha sido testigo presencial y activo en todos los sucesos de Chile hasta esta fecha y V. E. puede tener la dignacion de escuchar á tan benemérito patriota, acerca del que he tenido siempre la honrosa satisfaccion de hablar tantas veces á V. E.» (1)

El 31 de Marzo regresaba por segunda vez D. Manuel Dorrego á Santiago en vísperas de la eleccion de diputados que allí debia tener lugar al dia siguiente, 1° de Abril, con el fin de formar el Congreso Nacional, cuya instalacion se habia impuesto.

(1) Archivo General—Nota citada.

Para dirimir las cuestiones de competencia á que hemos hecho referencia, habia ideado el caudillo D. Juan Martinez de Rosas, «á quien el destino habia hecho árbitro—dice el historiador Vicuña Mackenna,—entregar á un ardid electoral su querella doméstica con el Cabildo.»

Ese ardid electoral consistió en el acuerdo de reunir un Congreso, en el cual votarían por esquelas prévias, que hacían el oficio de calificaciones, seiscientos vecinos de Santiago.

Dos eran los partidos políticos que habían nacido de la division existente en las ideas: el de los radicales ó exaltados, cuyo gefe era Rozas, y el de los moderados que eran dirijidos por el Cabildo de Santiago. Todo pues, se hallaba dispuesto para la eleccion del dia siguiente. La votacion y escrutinio debían hacerse en la casa del Consulado, que por su capacidad, se había destinado á tal objeto.

Para narrar, en dos palabras, los hechos que en ese memorable dia tuvieron lugar seguiremos de cerca la luminosa y deta-

llada exposicion hecha por el brillante y ya citado escritor D. Benjamín Vicuña Mackenna, que ha dedicado un volúmen entero de su fecunda y galana pluma al levantamiento militar del 1° de Abril, conocido con el nombre de *Motin de Figueroa*.

Con el propósito que mas tarde se verá, transcribimos fielmente el texto de éste y otros autores de quienes nos valdremos para la exposicion de aquel suceso.

«Habia amanecido apenas con lenta luz el Lunes 1° de Abril de 1811, dia del dulce otoño de Chile en su zona central, cuando en cumplimiento de una órden de la Junta, trasmitida al teniente coronel Benavente por conducto del comandante de armas de la Ciudad ó de la Asamblea (que así decíase entonces) don Juan de Dios Vial, comenzó aquel á alistar cincuenta dragones de su tropa [1] para conducirlos á la plazuela del consulado donde debia

[1] Esta tropa era la misma de que hasta poco antes habia sido jefe Figueroa.

comenzar el acto electoral. Aquella tropa debia custodiar con anticipacion la urna de los sufragios.

«Mostrábanse, sin embargo, los soldados del cuartel de San Pablo en aquella mañana bulliciosos y turbulentos, como si algo extraordinario pasara secretamente en su revuelto campo, sito casi en las afueras de la ciudad ¿Era aquella inquietud, antes no vista en tropa tan mansa como la guarda del reino, efecto de la palabra y de la accion del caudillo cuya calorosa, si bien secreta influencia, fluctuaba entre las filas?....

«Habian regresado apenas los dragones de las fronteras á su cuartel de San Pablo cuando, entrando en tropel en sus claustros y en sus cuadras, negaron totalmente su obediencia al capitan Lagos (bajo cuyas inmediatas órdenes estaban en ese momento) y apellidando á las demas tropas allí acuarteladas para hacer causa comun contra el Gobierno proclamaron á don Tomás de Figueroa su único caudillo militar.»

Pero, antes de seguir mas adelante, interrumpamos un momento al ilustre historiador para decir dos palabras sobre los antecedentes de D. Tomás de Figueroa.

Era este personage de nacimiento español y, por entonces, coronel de ejército.

Despues de haber ejercido durante 13 años en la plaza de Valdivia, segun consta de un real despacho, las funciones de aspirante, el Rey de España Don Cárlos IV habíale confiado el grado de capitan de infantería. En 1789 se hallaba aún en Valdivia y contaba 40 años de edad cuando el Gobernador militar de aquella plaza le confió una comision en que se distinguió y que fué llamada *la campaña de los llanos*. Dicha campaña tenia por objeto poner á raya á los indios de la frontera que se hallaban sublevados.

Los actos que en esa campaña llevó á cabo habian hecho crecer su reputacion como hombre de guerra, de modo que tras del desempeño de un honroso cargo, que le habia hecho permanecer durante algun tiempo en Concepcion, el doctor Rozas

lo habia traido, por fin, á Santiago «receloso, sin embargo, de la acogida que le harian las gentes de la capital» por sus ideas realistas.

En los últimos dias de Marzo habían llegado, apresuradamente, en marcha por mar y por tierra, desde las Fronteras, los últimos tercios del batallon que los custodiaba y del cual era Jefe el caudillo Figueroa.

«Desde las primeras horas de la mañana—dice otra autoridad—pudo Benavente notar en la tropa ciertos síntomas de insurreccion. Los soldados preguntaban por quiénes iban á pelear ese dia y solo cuando se les dijo que se les llevaba á sostener la causa de la patria, se pusieron en marcha manifestando un gran contento.»

«No fué difícil—continúa Vicuña Mackenna—á los soldados del Rey, así levantados en armas, hacer leva de los demás, porque los *infantes de Concepcion nunca reconocieron otro Jefe que el proclamado.*

Dos cabos que hacian cabeza enviaron á buscar á su alojamiento á Figueroa,

quien acudió al llamado y fué recibido con estrepitosos vivas por las tropas de su provincia acostumbradas á obedecerle y á seguirle.»

Dirijióles éste allí mismo una enérgica arenga diciéndoles: «que los acompañaría hasta morir por el Rey Fernando.» Y con esto y el grito de ¡viva el Rey! ¡muera la Junta! se dió principio al motin encabezado por el jefe realista.

«Al rumor de la música militar»—prosigue D. Benjamín Vicuña Mackenna,—en hora tan temprana (porque en esa altura de la marcha de la tropa no habia sonado aún la hora de las nueve de la mañana en el vecino reloj jesuítico de la torre de la Compañía) salian las familias entre novedosas y asustadas á las puertas de la calle.»

Observaremos que la columna del coronel Figueroa alcanzó á penetrar tranquilamente en la plaza de Armas. Eran las nueve de la mañana y los oidores se hallaban ya en el despacho ocupados en sus tareas. Figueroa llegó hasta los escalones de piedra de la Real Audiencia y confe-

renció con sus miembros «á puertas cerradas, como en acuerdo secreto.»

Pero la Junta Gubernativa tenia ya noticias del suceso y habia desplegado una grande actividad para acudir á la defensa de las nuevas instituciones. Informados sus miembros uno por uno, se reunieron inmediatamente, en número de cuatro, en la casa de D. Fernando Marquez de La Plata y ordenaron al comandante Vial «que fuera en el acto á la casa de Huérfanos donde se hallaba establecido un batallon de granaderos de nueva creación y que acudiera con él á reforzar el cuartel de artillería para evitar que pudieran ser sorprendidos por los facciosos.»

El combate no se hizo esperar. Se oyeron descargas de fusilería que en el momento fueron contestadas por otras y por un tiro de metralla de uno de los cañones.

Inmediatamente se produjo una gran confusión.

Aqui comienza á entrar en escena, nuevamente el jóven Dorrego que, segun tes-

timonios autorizados, fué de los primeros en mezclarse á la lucha, distinguiéndose por su ardor. Citaremos lo que sobre él encontramos en los diversos historiadores que han narrado estos hechos.

Hablando de los grupos de combatientes que se formaron dice el Sr. Barros Arana, que ha dedicado, tambien, varios capítulos de su obra á la narración de estos sucesos: «El jóven argentino D. Manuel Dorrego, que, sin tener rango alguno militar, habia asistido á la pelea alentando valientemente á los soldados, se puso á la cabeza de un grupo de estos y fué contado ese dia entre los ardorosos y decididos defensores de las nuevas instituciones. (1)

Vicuña Mackenna, por su parte, en el capítulo XXXVI de su libro le menciona especialmente, como se verá por el párrafo que sigue: «En oposicion á lo que había acontecido á la columna de Figueroa, que en su tránsito del cuartel á la plaza

(1) Barros Arana, tomo VIII, pág. 310.

de Armas no encontró sinó recelosas adhesiones, acompañaba ahora á la fuerte columna patriota un numeroso grupo de entusiastas ciudadanos, entre *los que se distinguia por su noble ardimiento un jóven estudiante de la Universidad de San Felipe, oriundo de Buenos Aires*, á quien su familia habia hecho pasar los Andes para estudiar con mayor sosiego su latin. Fué éste el mas tarde célebre D. Manuel Dorrego.»

Despues de un combate de no larga duracion la columna de los sublevados fué puesta en fuga con su Jefe que, al verse abandonado por sus soldados, trató de huir; á su vez, repitiendo varias veces las palabras de «¡soy perdido! ¡me han engañado!»

En su desesperacion por salvarse (apesar de que hay escritores que sostienen «que no fué Figueroa de los primeros en retirarse del campo de la acción y del pánico» «porque era hombre de hinchados hígados y fogoso hasta la temeridad») la verdad es que no paró hasta ir á re-

fugiarse en el convento de Santo Domingo, uno de cuyos padres, compadecido de su situacion «le ofreció asilo en el pequeño huerto de su celda á que un emparrado daba sombra.»

«Muy escasos eran—dice Vicuña Mackenna—los hombres resueltos que, en la hora de la lucha habian guardado sus puestos. Entre los soldados, Luis Carrera y el granadero Bueras; entre los civiles, *Dorrego*, D. Martin Larrain y el patriota Matorras, mercader de los portales de Sierra Bella; y entre los eclesiásticos, Camilo Henriquez, sobresalieron en energía.» ([1])

Y en otra parte agrega:

«Muchos de los inexpertos oficiales del novicio cuerpo, que no habia asistido todavia ni siquiera á un ejercicio de fogueo escondiéronse debajo del meson y mesas del café de Lampaya, y de su Jefe dicen uno *que el entusiasta Dorrego le quitó la espada* y otros, como D. José Miguel Carrera, en su no poco fantástico «diario»

([1]) Mótin de Figueroa, pág. 126.

que arrojó al aire su baston con casco de oro, de que hizo buena presa un soldado.» [1]

Lo que haya de verdad en este hecho, que ha sido materia de diversos comentarios por parte de los historiadores, lo veremos más adelante.

Entre tanto, el atribulado Figueroa permanecia refugiado en el convento adonde fueron á buscarlo sus aprehensores, de los cuales «uno de los primeros, dice Vicuña Mackenna era el impetuoso y activísimo Doctor Dorrego, de quien la tradiccion ha conservado el recuerdo de haberse encaramado al altar mayor de la Iglesia de Santo Domingo y sacudido á sus santos por si ocultaban al prófugo entre sus ámplias vestiduras. [2]

Segun el padre Fray Melchor Martinez, cronista español [3] y, por consiguiente, partidario de los realistas, fué tambien

[1] Motin de Figueroa, pág. 118.
[2] Motin de Figueroa, pág. 149.
[3] «Memoria Histórica».

Dorrego quien apresó en su casa al famoso ex-Gobernador Carrasco; para, narrar lo cual, lo llama en su encono *insolente rebelde.* «Otros mas atrevidos—dice—se destacaron para traer preso al Señor ex-Presidente Brigadier D. Francisco Antonio Carrasco: el *insolente rebelde D. F. Dorrego* (sic) acompañado de otros semejantes, se presentó en su casa y, sin traer ni manifestar órden ni mando de Gobierno, condujo vergonzosamente al Capitan General, públiblicamente, hasta el palacio de Gobierno en donde le dejó asegurado en una pieza y á D. Juan Zilleruelo, dueño de la casa y huésped de dicho Señor, lo llevó á la cárcel pública y lo puso en un inmundo calabozo con un par de grillos».



Vamos ahora á examinar, por lo que respecta á nuestro personage, la narracion hecha por la Gaceta de Buenos Aires de

aquellos sucesos y las rectificaciones á que ha dado ella lugar. A fuer de verídicos cronistas y, deseosos de no alterar en lo menor la verdad histórica, procuraremos colocar las cosas en su verdadero lugar y no exagerar con elogios desmedidos la participacion de Dorrego, participacion entusiasta, y digna de todo mérito y mención; pero no absoluta y decisiva, (como algunos escritores lo han pretendido) en los sucesos que se relacionaron con la sofocación del motin popular que acabamos de narrar someramente.

La Gaceta de Buenos Aires, con fecha 25 de Abril, publicaba una versión sobre el levantamiento militar de Chile, bastante fiel en el conjunto de los hechos, por más que fuera breve y compendiosa; pero exagerada en ciertos detalles, según lo ha demostrado, más tarde, con antecedentes dignos de fé, un historiador Chileno. (1)

Nosotros, al verificar esas rectificaciones, no vacilamos, tampoco, en obsequio

(1) Barros Arana—Historia General de Chile.

de la verdad y del buen nombre de algunos oficiales chilenos á quienes la comunicación del diputado Alvarez Fonte (que fué la que dió origen al artículo de la Gaceta) dejaba, segun nos lo narra Barros Arana, «*mal parados* en su dignidad,» en despojar esa comunicación de algunas de las flores de retórica que contiene, por más que hayan sido ellas principalmente destinadas á tejer una corona en honor de nuestro héroe.

Parece que Alvarez Fonte «por un sentimiento de vanidad nacional», inexplicable en un hombre de sus méritos, atribuyó *toda la gloria* de la jornada á Don Manuel Dorrego, quien en la relación de la Gaceta á que nos referimos y cuya parte principal reproducimos más adelante, aparece *como el único* que en ese memorable dia supo cumplir con los deberes del honor y demostrarse á la altura de la situación.

Hemos expuesto ya los hechos tales cuales sucedieron y demostrado cómo fué Dorrego de los más arrojados, de los más

entusiastas y de los más útiles en aquella jornada.

Hemos citado la opinion de los historiadores chilenos que especialmente lo mencionan y hemos reconocido que, con justicia, fué él designado entre los bravos que por su sobresaliente conducta merecieron, poco despues, el insigne honor de que la junta, «plenamente instruida del valor, patriotismo y firmeza con que los *oficiales y tropa del batallon de granaderos* rechazaron y batieron al insurgente Tomas Figueroa y á los dragones sublevados» les declarara «beneméritos de la patria» y les concediera premios especiales, ascensos y el privilegio especial de «*llevar en el brazo derecho un escudo de distinción, bordado, con la inscripción de:* «*Yó salvé la patria.*» [1]

---

[1] La leyenda del escudo no era, pues, «Chile á su primer defensor» sinó «yo salvé la patria, Chile á sus primeros defensores.» El decreto que concedia esos premios ha sido reproducido en una nota inserta en el tomo VIII de la Historia General de Chile de Barros Arana. El «considerando» principal de ese decreto, que lleva la fecha 9 de Abril de 1811, y que no habia sido aún publicado por otros historiadores, es el que hemos transcrito.

Al concederse *tambien* al jóven porteño D. Manuel Dorrego que habia servido como *voluntario* entre las tropas de la Junta, esa corporación, reconoció, sin duda alguna, su acción eficaz y el mérito de sus servicios. Y por eso Dorrego, tanto, ó mejor, que nadie, tenia el derecho de enorgullecerse por semejante distincion, que, por si sola, bastaria, en nuestros tiempos, para formar la reputación de cualquiera, y especialmente de un jóven que, por su condición de extranjero, no se encontrase, como no se encontraba Dorrego, obligado á dar tan hermosa prueba de su arrojo y gallardia.

Pero al diputado argentino no le bastaron estas circunstancias. En su entusiasmo por la conducta de Dorrego no se limitó á ensalzarlo, sinó que, tambien, para hacer resaltar aún los méritos de su jóven compatriota, *incluyó en su relación ciertos pasajes ofensivos para algunos de los oficiales de Chile* «á quienes acusaba de cobardes,»—dice el Sr. Barros Arana, que es el único que en Chile, ó en el Pla-

ta, haya tenido á la vista documentos suficientes para rectificar estos hechos) (1)

(1) Cuando nos hallábamos empeñados en recoger antecedentes para llevar á cabo el presente estudio nos dirijimos al señor Barros Arana solicitando de su bondad algunos datos para nuestro escrito. En carta que original tenemos á la vista, y con fecha 11 de Marzo último, este distinguido historiador nos contesta, entre otras cosas, lo que sigue:

«Por tradicion, por lo que oí hablar en mi niñez y en mi juventud, tengo simpatías particulares por el coronel D. Manuel Dorrego..... Pero debo ante todo, no faltar á los deberes de exactitud que impone la historia. A referir los sucesos concernientes á la Revolución de la Independencia, que había estudiado y escrito hace más de treinta años en una obra de juventud, he querido aprovechar el caudal considerable de documentos que sobre ésta época había reunido en todas partes. Así, despues de haber estudiado el archivo de la antigua ciudad de Mendoza, exploré el de Buenos Aires en 1859, siendo archivero mi excelente amigo Trelles; tomé apuntes y saqué cópias, con dos escribientes, de todo lo que me interesaba y el año siguiente en Brunoy, cerca de París, hice lo propio con el archivo particular de San Martin. Ese material, unido al que tenía recogido en Chile, y al que recogí en España y en el Perú me ponía en situación de tener confianza en los cimientos que había conseguido formar.....

«Al contar (en su Historia General de Chile) el Motin Militar del 1º de Abril de 1811, he reunido prolijamente todas las noticias que era posible recoger en los documentos de la época y en las relaciones más autorizadas. Estoy persuadido de que ya no podrá hallarse detalle alguno nuevo sobre esos sucesos. Usted puede estar cierto de que en ninguna parte encontrará más datos seguros sobre la participación que en ellos tuvo D. Manuel Dorrego».

....

refiriendo entre otros incidentes que Dorrego «notando la poltroneria del Comandante Luco le quitó la espada y tomó, de hecho, el mando de los granaderos.»

«Conviene advertir,—agrega mas adelante,—que la Gaceta de Buenos Aires, al hacer la relación, *suprimió de la carta de Álvarez Fonte esos pasages*, *de los cuales el Cabildo de Santiago protestó con fecha 28 de Mayo.*»

No hemos hallado en el Archivo de Buenos Aires la nota original de Álvarez Fonte; pero sí el artículo de la Gaceta (2) cuya parte principal, hechas las anteriores aclaraciones, publicamos en seguida:

«El oficial comandante de los granaderos gritó resueltamente que hiciese alto la tropa que venía avanzando, y paró al instante. Figueroa siguió adelante, y dijo: señores yo soy patriota: trato de defender al pueblo: unámonos todos: yo los mandaré; y venga la artilleria, que como

(2) Número correspondiente al Juéves 25 de Abril de 1811 Biblioteca Nacional.

oficial mas antiguo, á mi me toca dirijirla y entiendo mejor de estas cosas.—Los granaderos, contestó el oficial, no defienden sinó á la Junta.—¡Pues yo tambien la defiendo! repuso entonces Figueroa.»

«Con semejantes contestaciones casi habia logrado ya este infame sorprender la buena fé de aquellos valerosos oficiales, cuando llegó al puesto el infatigable jóven don Manuel Dorrego, que en el momento de apearse en su casa, de regreso de Mendoza donde habia ido llevando los reclutas para Buenos Aires, acababa de saber la conmoción, y tomando la voz , dijo: los granaderos vienen de órden de la Junta, á quien Vd. se opone enteramente y no pueden, ni deben componerse de otra manera con Vd. que rindiéndole las armas las tropas de su mando.

«Despechado Figueroa, y amagado, al mismo tiempo, de un pistoletazo por don Juan de Dios Vial, que no pudo ya sufrir el verse tratado de traidor, junto con los demás, corrió diez pasos hácia su tropa,

y haciendo la señal de fuego, se tiró á tierra.

« Despues de las primeras descargas que sufrieron los granaderos y á que contestaron ellos con las suyas, fugó el insurgente con parte de sus soldados, siguiéndolos despues el resto, que repitieron el fuego por dos veces mas, y quedaron solo en el suelo los heridos y muertos por la metralla de la artillería y las descargas de los granaderos.

« En este momento llegaron cinco artilleros de Buenos Aires, que se habian pedido á Mendoza por el Dr. Alvarez para conducir los reclutas; y, llenos de un inimitable patriotismo y resolución, se presentaron á la Junta pidiendo destino en que poder servir en tan apuradas circunstancias. Es inexplicable la dulce sensación que causó en los buenos patriotas el interés, la diligencia y actividad, dignas de un soldado de Buenos Aires, conque estos cinco hombres desempeñaron cuanta comisión se les dió.

«D. Manuel Dorrego tuvo, tambien, el honor de ser encargado de la prision del rebelde, de los oidores, del presidente Carrasco, el sub-Inspector Olaguer Feliú, y demas sublevados. El primero fué tomado en el corral de una celda del convento de Santo Domingo, bajo de un parral, donde estaba sobrecojido de sus crímenes, (habiéndose franqueado Dorrego la puerta de dicho convento, que halló cerrada, á balazos; lo mismo que se hizo con las casas de oidores á quienes no encontró) y fué llevado con grillos, y esposas á un calabozo.

«El dia dos, á las diez de la mañana llegó la noticia de que los rebeldes dispersos se habian reunido en la cuesta de Prado, camino de Valparaiso, sobre un cerro dominante, en número de 33, con todo género de armas. Se determinó que saliesen tropas á atacarlos, y á las doce marcharon 300 hombres con un cañon de montaña, que manejaban los artilleros de Buenos Aires.

«Dorrego, con ellos, caminó al frente, y al llegar á la cuesta propuso al Comandante una de dos cosas: ó que le diese treinta hombres solos para acometer á los rebeldes, ó que iría á reducirlos por bien con el padre capellan. Aceptóse lo segundo y en menos de tres horas los redujo á todos los 33, y los condujo con sus mismos fusiles y demás armas á donde esperaba el ejército, en medio del cual llegaron á la ciudad á las diez y media de la noche.

«Siguen tomando declaraciones, y todos esperan únicamente el momento feliz de la expulsión de los oidores, y demás mandones complicados; sin cuyo ejemplar castigo seria muy difícil restablecer duraderamente el sosiego y la tranquilidad en que queda ya todo aquel vecindario».



Restablecida, pues, la verdad con respecto al solo punto en que discrepan las

relaciones hechas por los historiadores Chilenos y el Diputado de la Junta, en su comunicación con la de Buenos Aires, queda en pié el mérito de Dorrego y su bizarra actitud en la jornada del 1° de Abril. Quedan en pié las simpatias y los sentimientos de admiración y de gratitud que, por su noble conducta durante toda su permanencia en el pais, supo captarse en cuantas personas le conocieron y de que dán testimonio las siguientes líneas que tomamos de un contemporáneo:

«Desde que agregó—dice—á todos los motivos de educación é inteligencia y á todos los méritos de su persona el nuevo mérito de consagrarse á la causa de la libertad política del país, era poco menos que idolatrado por toda la sociedad.»

Pero aquel año de 1811 llegaba ya á la mitad de su carrera y Dorrego habia permanecido en el extranjero más tiempo del proyectado.

Los sucesos de Chile habían encendido, aún, en su alma el fuego del entusiasmo por las armas. La Universidad de Santia-

go no funcionaba ya, ó funcionaba mal, perturbado el buen órden de las aulas por la algazara de la turbulenta juventud, que no pensaba ya en seguir calentándose la cabeza con el estudio de los viejos códigos españoles, sinó para reformarlos con nuevas leyes, ámplias y generosas; basadas en los principios de libertad y de justicia que habian sido ya proclamados.

De modo que las conversaciones versaban únicamente sobre asuntos políticos, y cuando en las calles, como en los salones de los viejos aristócratas, antes tan silenciosos, se formaban los corros de comentadores de los sucesos del dia; no era ya para tratar, como en otro tiempo, soñolientamente, sobre monótonos asuntos caseros; al rededor del clásico brasero de cobre, adorno principal de los estrados; y al compas del ron-ron del gato favorito que dormitaba á su calor. Nó, las conversaciones eran agitadas; los temas palpitantes; y el aspecto de las reuniones animado y como saturado de vida y de actividad.

Ya no, como ántes, presentaban esos estrados el aspecto de una sala de presbiterio de iglesia en que, alineados en dos filas, la una en frente de la otra; las señoras en un lado, los caballeros en otro; se cambiaban frases, como cambian los frailes responsos, sobre la pasagera indisposicion de la comadre vecina ó sobre el último sermon del Sr. Cura; sobre la boda en perspectiva ó sobre las supuestas hazañas de un ilustre antepasado: Nó las conversaciones versaban, (especialmente, en las casas de los patriotas,) sobre los asuntos del dia; sobre las luchas de partidos; sobre los triunfos y las glorias de los amigos.

Mezcladas en alegres grupos, como en señal de fiesta, las personas del uno y del otro sexo, departían, por vez primera talvez, en común; comentaban los hechos, á la vez que en el extremo del aposento, alumbrado durante las noches de reunión por mayor número de velas de sebo de las que hasta entónces se habían permitido consumir sus moradores, resonaban

los acordes de *la clave;* instrumento recien llegado á fines del siglo como novedad á la colonia, en reemplazo de la tradicional guitarra popular; cruzaba ligero el mate de mano en mano; bailaban *contradanzas* y *cuandos,* á puertas cerradas, las parejas jóvenes, mientras las ancianas matronas, que para el caso habían sacado por instancia de los maridos, á relucir sus valiosas é históricas joyas, heredadas de sus mayores, escuchaban (no muy satisfechas, sea dicho en honor de la verdad) la narración de los sucesos hechos por algún magnate amigo.

¡Solas esas buenas damas de antiguo cuño, se resistían aún á aceptar de lleno las reformas! Apegadas á sus rancias ideas aristócratas, preveían ya la ingerencia de la *chusma* (que así se denominaba para ellas el elemento popular) en los asuntos de Gobierno.....

Y, afuera, el cuadro no era menos interesante. La hora de la *queda,* que en tiempos de la colonia se tocaba á las nueve de la noche en invierno: á las diez

en verano, y que era la señal de que debian retirarse las visitas de los estrados, se prolongaba, por entonces, hasta horas avanzadas, ó se suprimia del todo.

Numerosos vecinos desfilaban por las calles; se oian rumores en altas horas de la noche y ruido de parches y clarines durante el dia; las carretas cruzaban en todas direcciones atestadas de entusiastas ciudadanos; y apesar de lo inestable que aun se presentaba la situación, en general, las esperanzas cundian, aun entre los menos animosos, y todos á una, cual más cual menos, se esforzaban en demostrar que creian llegado ya el momento en que habia de establecerse para siempre y de una manera sólida, la libertad del pueblo.

Fácil, seria pues, imaginarse que por esto mismo nuestro jóven extranjero se sintiera anhelante por volver á su patria.

Si hemos, de creer, sin embargo, al testimonio de un contemporáneo, costó trabajo á Dorrego decidirse á separarse de aquel pais, en donde habia recibido tantas pruebas de amistad y de aprecio: « El

Reino de Chile — dice don Salvador Cornet en sus apuntes inéditos, con la galantería de que hace gala en ellos cada vez que á los chilenos se refiere — es considerado como el jardin de la América Meridional; es el mas pequeño en superficie y el mas poblado, al mismo tiempo; por consiguiente es, tambien, el que se halla mejor cultivado. Sus habitantes son aplicados al trabajo, valientes y generosos y las damas chilenas son mas bellas aún que el hermoso cielo que favorece siempre á aquel clima, y sus habitantes mas hospitalarios con el forastero que su tierra misma, siempre cubierta de frutas y flores, y regada en todas direcciones por mil arroyos de aguas permanentes.»

« Sin la vehemente pasion del amor á su patria, Dorrego jamás hubiese podido abandonar tantos motivos de encanto; pero precisaba sacrificar á su pasion dominante todos los placeres de la vida humana; partió pues, para Buenos Aires á los dos años de permanecer en Chile, llevando sobre su corazon los recuerdos mas gratos de aquel

reino y deseando para sus habitantes el sagrado imperio de sus leyes y los dulces goces de la libertad y de la paz.»

Y otro comtemporáneo agrega, en el estilo de aquel tiempo:

«Cuando llegó Dorrego á Buenos Aires á mediados del año 1811, su fama, mas olorosa que los mejores perfumes, que le habia precedído desde Chile, le proporcionó un lugar de preferencia en cada uno de los cuerpos de la guarnicion.» ([1]) A ser esto verdad, quedaria demostrado que la participacion tomada por Dorrego en los sucesos de aquel país fué apreciada en su patria........

Pero ¡ai, temores abrigamos de que no haya sido del todo así y que las demostraciones de valor y de generosidad hechas por nuestro héroe y suficientes, sin duda, para conquistarle una situación de preferencia en cualquier ejército del mundo, no fueran aquí, tampoco, recompensadas!

([1]) Oracion fúnebre de Figueredo.

Existe en el índice inédito del Archivo General de la Nación un documento que, desgraciadamente, no ha llegado á nuestras manos, por no haberse aún alcanzado á catalogar (apesar del celo y buena voluntad del inteligente sub-director de ese establecimiento, que ha puesto á su servicio todo el decidido empeño, laboriosidad é inteligencia que lo caracterizan) el legajo correspondiente al año en que le toca ser clasificado.

En dicho documento, que debe llevar, segun comprobación de ese mismo funcionario, la fecha de 22 de Junio de 1811, el capitan Dorrego *pide colocación en un cuerpo...* ¿En que Cuerpo?

¿O será que, como se desprende del testimonio del contemporáneo á quien hemos citado, y, como no es dificil creerlo, dados el carácter aventurero del jóven criollo y sus meritorios antecedentes, «animado él de aquellos nobles estímulos que desconocen los espíritus débiles *nacidos para vejetar en la inaccion*» se negó á aceptar las ofertas que se le hicieron para desempeñar

un cargo en el ejército *inactivo* de la guarnicion «*por ser contrario á su carácter un servicio tan pasivo,* y se quedó satisfecho, solamente, «cuando el Gobierno y sus Jefes lo colocaron en la *gloriosa posición de fertelizar con su sangre el campo de la patria, para lo cual se le destinó* al Ejército expedicionario del Perú»?

Otro testimonio de contemporáneo, el ya citado Canónigo Dr. Bartolomé Muñoz, [1] apoyaría, en tal caso, esa aseveración:

«Buenos Aires—dice—lo recibió con placentero entusiasmo y los cuerpos de *su guarnición se disputaron la preferencia de agregarlo á sus filas.* Pero él, persuadido de que «la manera de ser de todos era serlo de la patria, *donde quiera que esta lo necesitase,* le rindió el homenage de su libertad, y, uniendo sus aptitudes con sus nobles deseos, *pidió con empeño el destino más peligroso, para poder emplear en él sus fatigas, su valor, su saber y su vida.*»

---

(1) Acudimos á estos testimonios por carecer de otros, oficiales; que son los que constantemente preferimos en tales casos.

¿Acaso será esa nota, transpapelada, y que muy pronto hemos de lograr consultar, la que nos dé la luz de que hemos menester para ver claro en este asunto?...

En todo caso, los hechos están allí para resolver en último término nuestras dudas.

Dorrego, al regresar de Chile, se enroló, efectivamente, en el ejército *expedicionario* que marchaba hácia los campos del alto Perú, en los cuales debia cubrirse de *inmarcesible* gloria.....

¡Ojalá pudiéramos seguirle hasta allí!

De buena gana entráramos á contar en estas líneas las hazañas de nuestro héroe en Nazareno, Suipacha y Tucumán; de buena gana pagáramos nuestro tributo de admiración al que en esas jornadas derramó su sangre generosa en defensa de su patria, señalándose, hombre ya, en la victoria, como se habia señalado, niño aún, en la protección á la desgracia y al frente de la multitud popular: valiente, impetuoso, generoso y entusiasta.

¡Pero, con pena, nos vemos obligados á detenernos aquí!

Otros, con más autoridad y preparación que nosotros, han dado ya á conocer á los contemporáneos las páginas de la historia política y militar del más tarde ilustre Coronel Dorrego, y luego Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires.

Sí, lo hemos dicho ya: querríamos, tambien, nosotros entrar en la contienda y romper una lanza en pró de la causa de nuestro personage; querríamos tomar parte en la discusión que aún sostienen los historiadores de este país, divididos en dos bandos: partidario el uno del infortunado mandatario; enemigo decidido el otro de sus actos, y hasta de su memoria. Quisiéramos, sobre todo, entrar en la cuestion de averiguar si tuvo, ó no, razon Dorrego en 1816, cuando se le acusó de haberse negado á trasladarse á Mendoza para hacer la campaña á Chile á las órdenes de San Martin, calificándose su conducta en esa ocasión, y apropósito de su famosa entrevista con Puyrredon (hasta hoy misteriosa para la historia,) de *criminal* y

escandalosa, y su actitud de *altanera* é *insobordinada;* ó si la tuvo este atolondrado General para solicitar el auto de expatriacion lanzado contra su víctima por el directorio. . .

Sí, querríamos averiguar eso especialmente; por que se nos antoja considerar que, para que el entusiasta « defensor de Chile », (aquel mismo bizarro voluntario que seis años antes, siendo todavía un niño, diera tan probado ejemplo de su afan por la libertad del pueblo que le brindaba hospitalidad) se resistiera mas tarde, á marchar, de nuevo, hacia él, al frente de un puesto distinguido, bajo las órdenes de un jefe ilustre, ostentando ya sobre sus juveniles hombros las lucientes charreteras de coronel; no habian de arredrarle, por cierto, las mismas ásperas breñas de la Cordillera que, sólo, y al frente de un puñado de hombres de buena voluntad, habia atravesado poco tiempo antes, tres veces consecutivas. No habian de detenerle, tampoco, solapados proyectos de ambición; ya que ningun sentimiento que no fuera no-

ble y generoso se anidaba en el pecho de varon tan hidalgo.....

Otros hombres ilustres, otros patriotas liberales, otros militares gloriosos han sido, igualmente, desconocidos por su época; vejados por sus compatriotas; castigados por sus Jefes, á la vez que el mérito de sus acciones se echaba al olvido ó se premiaba tarde.....

El pueblo, como los soberanos, tiene tambien sus favoritos, á quienes colma de honores un día para hacerles caer luego en desgracia, semejantes á ciertos fanáticos del paganismo que alzan ídolos para quemarlos despues.....

«Porque la desgracia, la injusticia — ha dicho un pensador célebre — son consecuencia lógica y necesaria del favor No parece sinó que existiera para los hom bres, como para los cuerpos, una ley de pesantez que les hace caer fatalmente una vez que se han elevado hasta cierta altura.....»

Así fué como, apesar de los grandes servicios prestados por ellos á sus res-

pectivos paises, acabaron en el olvido, en el destierro ó en el martirio, el colombiano Nariño, los chilenos O'Higgins y Manuel Rodriguez; y, en este lado de los Andes, Dorrego, y hasta el mismo San Martin, que, habiendo llegado á la cúspide de su gloria, fué á morir tristemente en el extrangero.

Así fué, tambien, como desaparecieron Bonaparte y el Mariscal Ney en el viejo Mundo, y como el gran Lafayette, vió, más de una vez, en el curso de su agitada vida, empañarse el brillo de su carrera de soldado y de hombre público......

¡Curiosa asociación de ideas!....

Al estampar aquí el último de estos nombres, se nos viene á la mente, sin poder evitarla, una aproximación de circunstancias extrañas que, á medida que se reunen en la memoria, van poco á poco tomando una forma fija y definida.....

Ellas nacen del recuerdo, involuntariamente evocado, de los hechos de la vida de dos hombres, distintos por su orígen y por el medio en que vivieron; pero cuyas

alternativas en la desgracia y en la fortuna, cuyas peculiaridades de carácter, cuya semejanza de aspiraciones en su carrera pública, los une ante nuestro criterio, al resucitar por un momento sus figuras á la contemplación de la historia, en dos siluetas que se funden armoniosamente en una sola.

La una es, sin duda, mucho más brillante; la otra mas opaca; pero ambas guardan fidelidad y semejanza en los contornos, bién así como los discos sobrepuestos de dos astros luminosos que se eclipsan mutuamente, la guardan en el momento de su conjunción.

El uno, el más grande, ofusca al otro, en verdad; pero no le oculta del todo.

El otro, el más pequeño, palidece ante la majestuosidad de su vecino; pero se destaca, sin embargo, allí, haciendo más sensible aún el parecido de sus formas........ El uno es el General Lafayette.

El otro el Coronel Dorrego.

Dorrego, como Lafayette, demostró desde su mas tierna infancia aquel carácter

fogoso é independiente, que á ambos ganó en edad temprana á las ideas de libertad, por las cuales expusieron su vida en veinte ocasiones, con hidalgo despego......

El gentil hombre frances, al apasionarse, desde luego, por la causa de los Estados Unidos, embarcándose aventureramente en un barco fletado por él para lanzarse, poco despues, en medio de la lucha sangrienta, á combatir bajo un pabellon que no era el de su patria, hasta cubrirse con él de gloria, hizo más, sin duda, que el jóven porteño cuando, seducido también, en edad temprana por el ruido de las armas, se mezcló ardorosamente en la lucha politíca por la libertad de un pueblo extraño, logrando distinguirse en Chile como actor conspicuo al frente de las masas populares.

Peró á ambos alentó la misma idea: la generosidad.

Los Norte Americanos concedieron á Lafayette, por sus actos, una espada de honor.

Los Chilenos un parche glorioso á Dorrego.

Lafayette fué amigo personal de Washington.

Dorrego lo fué de San Martin ¡pese á sus detractores!

El heróico capitan francés, herido en el primer encuentro, venció despues en la jornada de Yorktown.

El jóven oficial criollo derramó también su sangre, y fué tres veces héroe en Nazareno, Salta y Tucuman.

De regreso Lafayette á su patria, su carrera política lo señala particularmente como miembro de un Congreso de notables, en el seno del cual propone las mas amplias reformas republicanas, desplegando un valor y una energia especiales para sostener sus ideas.

Dorrego, ya lanzado, igualmente, en su carrera política, despues de su regreso del extranjero, combate con el mismo valor en otro Congreso para siempre memorable, los planes centralistas de un caudillo; adquiere en esa ocasión prestigio singular, y, segun la frase de un hístoriador, « con su elocuente y patriótica voz tan gratamen-

te conocida» obtiene el mas espléndido triunfo.

Lafayette despliega como tribuno parlamentario gran valor para sostener sus ideas y rechaza con violencia los ataques de sus enemigos políticos que se han escandalizado por su ruda franqueza...

Dorrego, á su vez, en la Cámara de Representantes del año 23, ataca al Gobierno y dá las mas elocuentes pruebas de independencia de carácter; defiende vigorosamente su interpelacion y rechaza con igual energía «arrastrado por la vehemencia de su carácter» la tacha de imprudente con que lo quieren tildar sus contrarios.

¡La misma fogosidad, la misma entonacion orgullosa; los mismos valientes raciocinios de parte de ámbos tribunos; la misma magnitud de programa; la misma independencia de ideas; las mismas elevadas y patrióticas aspiraciones!

Por fin, Lafayette tuvo, como Dorrego en la vida momentos en que fué atacado, denunciado, destituido y obligado á salir

de las fronteras de su patria. Aunque por distintas causas, ambos expiaron duramente en el destierro lo que en ambos, tambien, se calificó de «locos extravios de carácter», y en la fortaleza de *Olmutz* el uno, á bordo de un buque mercante, en el mar Caribe el otro y, mas tarde entre los piratas y bandidos que trataron de ahorcarlo, (1) hubieron ambos de pagar duramente esos arrebatos, fatales para su vida pública.

Ambos cometieron la imprudencia de escribir de una manera comprometedora.

Los artículos contra el poder, que en la «Crónica» publicó Dorrego, no eran menos vehementes que las cartas escritas por el militar francés contra la Asamblea Nacional, desde el campamento de Maubenge;

(1) Por no ser difusos y no pertenecer estos hechos á nuestro programa, no entramos aquí en mayores detalles sobre aquellas circunstancias que dieron ocasión, en la vida de nuestro héroe, á que uno de sus biógrafos haya dicho de él que, «sus aventuras, dignas de ser narradas por la pluma de Fenimore Cooper, eran solo comparables á las de Persiles, contadas en su Historia Setentrional» Desterrado Dorrego de su patria, desembarcó en playas tropicales donde padeció prision; estuvo en las Antillas Españolas,

pero estaban unos y otras muy distantes de merecer el patíbulo.

Y por eso, cuando el carácter impetuoso del turbulento y arrebatado General hubo llegado á su colmo, haciéndolo precipitarse, caer en desgracia y, por fin, ser perseguido, encausado y hasta casi acusado de traidor, (causa ni cargo que jamás se hicieron á Dorrego) la ira popular, á discreción de una de las muchedumbres más desenfrenadas del mundo, se contentó con quemar la efijie del culpable en el palacio real, dejándole á él morir pacíficamente en medio de sus decepciones y rodeado de sus deudos y amigos fieles......

¡Ai! que en estos últimos detalles se diferenciaron el uno del otro aquellos dos hombres en cuya vida hemos observado

fué perseguido por un crucero inglés por haber tomado sin saberlo pasage en una embarcación de piratas y, á punto de ser ahorcado, confundido con los malhechores, logró aclarar su procedencia y calidad, y pudo arribar sano y salvo á los Estados Unidos, en donde residió, aprovechando de esa residencia en el sentido de hacer estudios útiles para su patria, á la cual, con justicia, esperaba volver algun dia, como, en efecto, sucedió.

tantos puntos de contacto de carácter y afinidades de destino y que, conservada la distancia natural entre la importancia del papel desempeñado por cada uno de ellos, respectivamente, en su patría (ya que desigual era también el campo de acción en que ejercían ambos las facultades superiores de sus espirítus), han debido, en todo caso, merecerles el mismo respeto de parte de sus conciudadanos!

¡Sin embargo, detiénese allí, al borde del sepulcro, para desaparecer despues del todo con la muerte esa curiosa semejanza!......

La justicia póstuma tributó, en verdad, honores especiales á la memoria de Dorrego, y la patría, servida noblemente por él en vida, le decretó despues de su muerte unas honras fúnebres, tan solemnes y pomposas como las que la Francia dedicó á Lafayette......

¡Pero ese homenaje, pasagero como el tiempo, no debía dejar mas huella que la del recuerdo en el corazon de unos cuantos fieles (que acaso no existan ya) perdiéndose en seguida, en la memoria de los demás

hombres, como el humo del incienso en las naves del templo que aquel día resonara con los cánticos sagrados entonados por el bien de su alma!......

Por eso, sin duda, los franceses, más generosos que nosotros, y los americanos del Norte, más justicieros, por indole de raza, que los del Sur, no se contentaron con esa sola demostración de su gratitud y cariño......

La figura de Lafayette ha sido inmortalizada en el bronce, tanto en su patria como en los Estados Unidos, que le han alzado, casi al mismo tiempo, cada uno una estátua......



Al poner punto final á estas lineas, séanos permitido terminarlas con un voto.

Cuando los argentinos alcen en Buenos Aires el monumento, que algun dia habrá de alzarse, al defensor de la Revolución

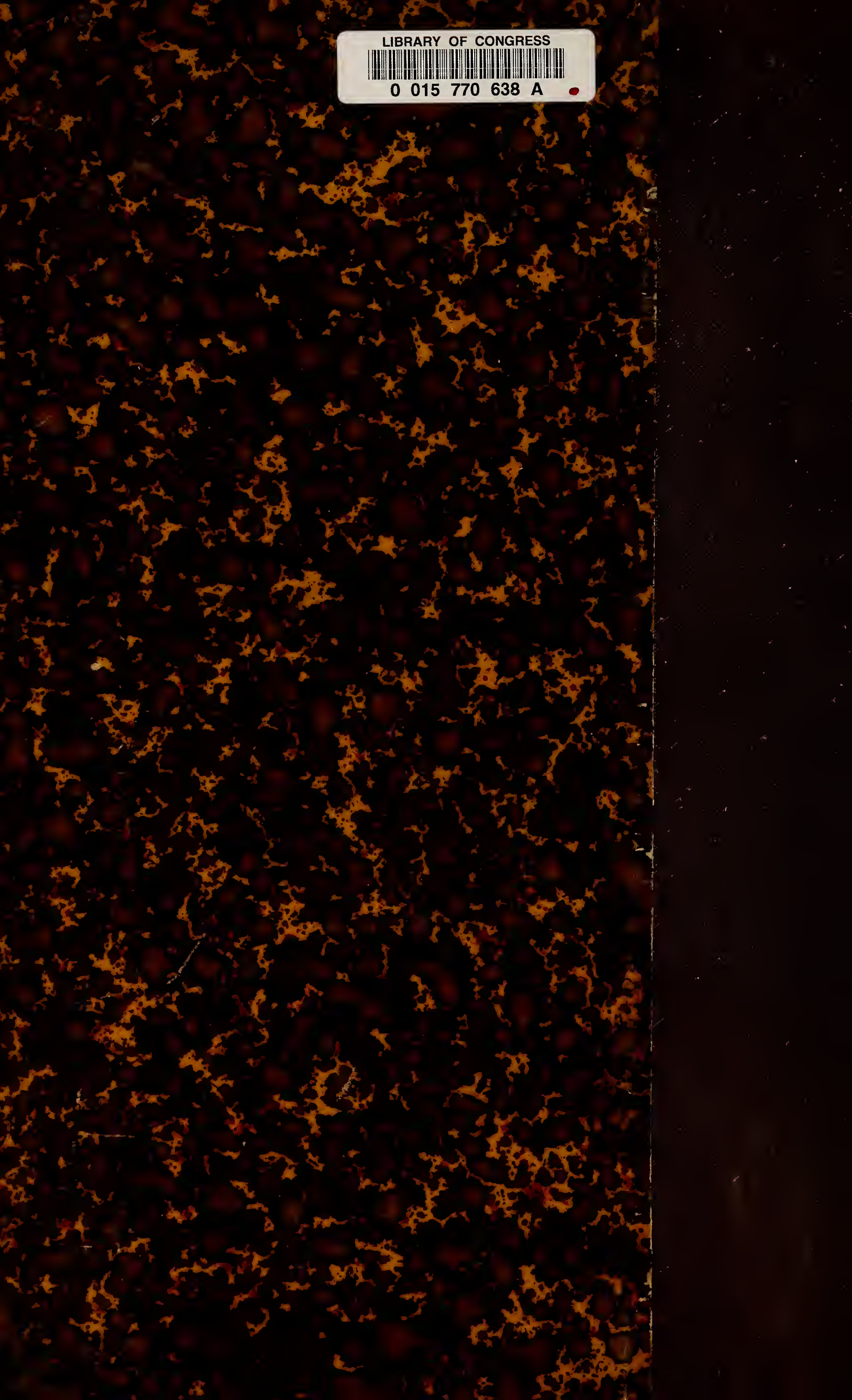
de América, no olviden los encargados de erigirlo de grabar en letras de oro en una de las faces de su pedestal el nombre hermano de « Chile » que, aunque en segundo término, brille tambien allí, á la luz del sol argentino, no léjos de los de Salta, Tucumán, y Nazareno, para recordar á los contemporáneos y, especialmente, á los huéspedes de la república vecina que se hallaren de paso por esta hermosa capital, los servicios entusiastas prestados por el jóven estudiante de la Universidad de Chile á la causa de la patria ausente.

Y, en tal caso, llegaríamos los chilenos aquí residentes á colocar con silencioso respeto en torno de aquel nombre querido una corona de siemprevivas, emblema de nuestro cariño y de nuestra gratitud. . . .

Por lo que respecta á nosotros, particularmente, sean estas páginas (las últimas por su mérito; pero de entre las primeras por su intención) el modesto tributo con que un hijo de Chile concurre á la glorificacion del que, en una época para

siempre memorable en los fastos de la historia de su patria, concurrió con su ejemplo y con su brazo, ora perdido entre la multitud, ora destacándose con gallardía al frente del entusiasmo popular, á darle honra y libertad.....




LIBRARY OF CONGRESS
0 015 770 638 A